

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SEÑOR

D. LUIS FARAUDO DE SAINT-GERMAIN

EL DÍA 12 DE JUNIO DE 1941



BARCELONA
IMPRESA ALTÉS
1941

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SEÑOR

D. LUIS FARAUDO DE SAINT-GERMAIN

EL DÍA 12 DE JUNIO DE 1941



BARCELONA
IMPRESA ALTÉS
1941

SEMBLANZA MILITAR DE JAIME EL CONQUISTADOR

*«...la primera cosa per Déu, la segona per
salvar Espanya, la terça que Nos e vos haiam
tan bon preu e tan gran nom que per Nos e per
vos es salvada Espanya.»*

EL REY JAIME I a los nobles de Aragón.
(Libre dels feyts, § 392.)

SEÑORES ACADEMICOS:

Media centuria ha transcurrido con creces desde el día en que abandonando las aulas barcelonesas de la Facultad de Ciencias pasaba al glorioso Alcázar de Toledo a someterme a los exámenes de ingreso en la Academia General Militar, acto de recuerdo indeleble para mí, que sentí en mi corazón de adolescente la emoción opresora de las horas decisivas en el camino de la vida. Hoy, soldado retirado por vejez de las actividades del servicio, después de haber por mis jornadas de paz y de guerra alcanzado la etapa terminal de la carrera iniciada en aquella sazón, siento en la presente nuevamente dominado el ánimo por una emoción similar, si bien exenta esta vez de la atormentadora desconfianza en el éxito de dificultosa y problemática consecución, entonces afanosamente perseguido como objetivo de mis aspiraciones de candidato a la admisión en el centro de enseñanzas marciales, *Alma parens* de la oficialidad del Ejército. En la solemne presente ocasión, con efecto, por modo inopinado y sin haber sufrido aquella angustiosa incertidumbre, he logrado el envidiable acceso a esta otra, por tantos conceptos egregia Academia, docto senado magistral, amable asamblea de sabios varones celosos guardadores de las apacibles y más bellas disciplinas literarias.

La razón de este mi inesperado encumbramiento a los honores de vuestra selecta compañía, suprema distinción que jamás hubiese osado pretender, no cabe buscarla sino en la indulgente disposición de espíritu que os ha inclinado a estimar dignos de tan desproporcionado galardón mis oscuros méritos de curioso del saber y de platónico contemplador de toda forma de cultura literaria y artística en cuyo afortunado ministerio os habéis ilustrado en bien de las letras patrias y con evidente aumento del esplendor proverbial de esta prestigiosa corporación. Al agradecer vuestra benévola gentileza en el punto en que, cum-

pliendo el deber reglamentario, he de alzar mi voz profana ante vosotros en la lectura del discurso de ritual, lo haré comenzando por la evocación del recuerdo del ilustre Académico desaparecido, al cual, en debida obediencia a vuestra voluntad, vengo a sustituir en el sitio que tan dignamente ocupó. Y así, aun a costa de renovar el sentimiento penoso que a todos nos causó su prematura muerte (1), ofreceré a la reverenciada memoria del doctor don Pedro Barnils y Giol el tributo obligadísimo del compañerismo y de la admiración hacia su personalidad no necesitada por cierto de mi elogio, ya que perduran en el pensamiento de cuantos tuvieron la suerte de conocerle las altas cualidades científicas, parejas de las morales que, respondiendo a su intrínseca nobleza de alma, podríamos ver simbolizadas en el propio apellido por sí mismo significativo de noble, según la etimología *baronilis* del adjetivo provenzal *barnil*, origen onomástico del linaje honorificado por nuestro malogrado amigo.

Su mentalidad, poderosamente influida por el régimen de formación escolar del Seminario de Vich, se patentizó en todas las acciones de su vida por la elevación espiritual, privilegio de aquella su genuina nobleza, la que reúne la doble aristocracia del talento y de la bondad. Así supo siempre imprimir al estudio y al trabajo el ritmo de perseverancia serena y de tranquilo entusiasmo emanados de la firmeza de su carácter y de la rectitud de sus intenciones, tan claras como lo fué el optimismo de sus esperanzas que la cordialidad efusiva de su natural afable y modesto parecía comunicar a los demás.

Si tal fué el hombre a quien, repito, no es de mi pertenencia elogiar, menos aún he de encomiar ahora su vasta obra cuya trascendente utilidad será reconocida por todo el mundo mientras florezcan en los medios científicos los estudios de filología y lingüística. Una simple recensión expositiva de su sólida y copiosa producción ocuparía aquí un espacio desmesurado, sin que pudiese revelar nada nuevo a vosotros que, paso a paso, seguisteis de aquélla el proceso de elaboración brillante y permanentemente explanado en la contestación del Rvdo. doctor Jaime Barrera al discurso de Barnils, oído con deleite de todos cuando vino a sentarse a vuestro lado. Rememoraré, no obstante, a la vez que la sabia lección de aquel día, la hermosa tesis (2) leída en el de su graduación doctoral en la Universidad alemana de Halle, donde, bajo el magisterio de los profesores Suchier y Schädel, adquiriría la instrucción básica de la lingüística románica continuada más tarde en París en relación

(1) Hijo de la villa de Centellas, falleció en Barcelona el día 30 de enero del año 1933, a los cincuenta de su edad.

(2) *Die Mundart von Alacant. — Beitrag zur Kenntnis des Valencianischen.*

principalmente con el abate Rousselot, con Gilliéron, con Jeanroy y con tantos otros eminentes maestros, el primeramente nombrado de los cuales infundió en él la afición a la fonética experimental, especialidad en que había de señalarse su excepcional aptitud. Tal se mostró cuando a su regreso a Barcelona colabora en las tareas del *Institut d'Estudis Catalans* y, desde el laboratorio creado por su personal esfuerzo, introduce en la Península el conocimiento de aquella rama de la alta ciencia del lenguaje nunca practicada antes entre nosotros y de la cual aplicó las concluyentes experiencias a la fonética patológica, el ejercicio de la cual le habilitó para ganar en público concurso la dirección de la Escuela Municipal de sordo-mudos a él confiada con general aplauso, y ulteriormente la del Laboratorio de la Palabra, fundación de su propia iniciativa. Sagaz inventor de métodos ortofónicos suplementarios del alfabeto de la mudez para estimular la articulación perfecta de sonidos vocales y corregir en lo posible la deficiencia o privación del habla, puede decirse del doctor Barnils que, seguidor de l'abbé de l'Épée, inmortal predecesor suyo de dos siglos, fué un bienhechor de los desheredados de aquel don y atributo exclusivo de la especie humana. Este solo título sería suficiente a honrar el nombre de nuestro amigo si no contara además con la dispersa producción, fruto de su labor infatigable que desarrolló dentro y fuera de las fronteras nacionales en numerosos congresos y brillantes colaboraciones en todo género de revistas especializadas. He aquí, pues, demasiadamente resumidos, los múltiples aspectos de la obra que llenó la existencia provechosa de Pedro Barnils, y añadiré como remate de este débil e inexpressivo homenaje la afirmación del doctor mosén Antonio Griera: que habrán de sucederse en Cataluña algunas generaciones antes de ver surgir un fonetista del relieve de aquel entrañable compañero suyo de estudios en Alemania.

Sucesor de él por extraño contraste ha de reemplazarle en el seno de vuestra atractiva comensalidad literaria el agracido recipiendario presto a corresponder con la más leal y sincera adhesión al honor otorgado por vosotros, aceptando vuestros juiciosos consejos y advertencias, e imitando el constante ejemplo de laboriosidad inteligente que habéis ofrecido en todo tiempo.

Bien hubiese querido hallar para este discurso un tema de materia análoga a la que profesaba mi eximio antecesor y en la que yo, vagamente filólogo, me he aventurado algunas veces impelido por la audacia inconsciente del *dilettante*, aquella misma que me ha movido también a frecuentes intrusiones en el campo de la investigación histórico-arqueológica y en general de todos los dominios del trívio y del cuadrívio, como desaprovechado discípulo de las humanidades ejercitadas a

modo de mera recreación durante los ocios faltos de reposo, cual suelen ser los que se gozan al margen de las asiduas funciones de mi profesión, a cuyos estudios facultativos o doctrinales, sin otro objeto que la instrucción propia, he aplicado también con pasión mis desvelos particulares y voluntarios cuando no los oficiales de obligación. Las alternadas sugerencias de las enseñanzas de ambas procedencias — artes pacíficas y arte bélica — felizmente asociadas me indujeron a exponer, atento al contenido del artículo 34 de los Estatutos corporativos, la historia analítica de un periodo de guerras o de un personaje preeminente de alguna de nuestras memorables campañas medievales.

La épica historia de Cataluña, sujeta en el transcurso de los tiempos a persistentes crisis belicosas, si bien ofrece en cada una de sus épocas multitud de aspectos que avivan la curiosidad despierta del investigador, aferran con preferencia el ánimo de éste los capítulos magnificentes de la Edad Media. Figura primacial que simboliza con otras insignes personalidades coetáneas la grandeza de las instituciones armadas españolas y su noble aplicación a los más altos fines humanos, es la del rey Jaime I, por universal consenso apellidado el Conquistador, sin asomo, en sus actos de tal, de la idea de violencia dominadora que suele empañar el recuerdo de otros monarcas conocidos por aquel sobrenombre en la Historia.

La guerra, concebida, dirigida y practicada al uso del tiempo en que vivió Jaime el Conquistador, ha quedado por él mismo descrita bajo el doble aspecto histórico y técnico en el "Libre dels feyts", Crónica o Comentario de sus propios hechos de gran jefe militar, narrados con la espontánea simplicidad del héroe y a la vez con la minuciosidad reflexiva del profesional, conocedor experimentado de los resortes del mecanismo guerrero en sus pormenores tácticos y polémicos, con tanto desembarazo descritos como con relevante maestría manejados. La más pura verdad relumbra en aquellas páginas, auténtico registro de los acontecimientos y de los hombres que han figurado en ellos, vistos y juzgados unos y otros con la ecuanimidad de que carecen a menudo los escritores que, no habiendo sido actores o testigos de los sucesos, los presentan según su manera de interpretar los noticiarios y materiales de información o con el espíritu partidista que les anima.

Es en la Crónica donde se halla condensado todo el saber militar de su autor cuya semblanza intentaré trazar valiéndome de su propio libro, inagotable fuente documentaria para el conocimiento de su alta capacidad emprendedora de los hechos que serán siempre maravilla de los hombres y para revelar la magnitud de los cuales sería indispensable, sin recurrir al acento lírico, devolver a las palabras la fuerza que el habitual

empleo tópico les roba. Y de esta manera glosada en el lenguaje preciso y escueto propio de la ciencia militar, adquiere proporciones y fausto de poema la sencilla prosa expositiva de la Crónica real, que descubre por sí misma las extraordinarias proporciones de las acciones de guerra en que se advierte, tras el pensamiento estratégico, la ejecución táctica y la aplicación de todos los recursos materiales del arte de la época, reflejos de la inventiva genial, de la ojeada certera, de la experiencia y del temple de alma del Conquistador. Las vetustas instituciones militares de aquellos días y las del pasado próximo que dóciles a su mando fueron, al igual que todos los medios y elementos de guerrear, los eficaces instrumentos forjadores de su grandiosa obra, han de ser con ella recordados, junto con determinados acontecimientos importantes de los reinados anteriores, como antecedentes retrospectivos para completar, a la luz de un mayor conocimiento, la cabal comprensión de las circunstancias a veces inexplicables del ambiente especial de la época y del marco en que se desenvuelve la cronología del periodo estricto comprensivo de las décadas de actividad bélica del invicto rey, cuyas memoratísimas hazañas no surgen como episodios esporádicos en la Historia, antes bien, en la marcha siempre encadenada de los sucesos, se enlazan sin solución de continuidad con la larga tradición guerrera de sus predecesores de la cual fué expresión dinámica la potencia militar poco conocida y estudiada en sus orígenes y evolución.

Esta última consideración me lleva como de la mano a denunciar aquí la falta de un resumen esquemático, rápido atisbo sobre el panorama histórico-militar de Cataluña, obra de generalización aleccionadora de donde extraer enseñanzas y comentarios útiles, que, redactada por pluma más autorizada que la mía, podría y debiera acometerse para epitomar o servir de introducción al estudio formal de la historia militar medieval, que es de sentir no haya sido emprendido todavía, al igual que, respondiendo al carácter enciclopédico de la ciencia histórica moderna, se han considerado separadamente cada una de las frondosas ramas del añoso árbol de la historia general o civil representativas de los diferentes aspectos de la actividad vital de la nación durante la Edad Media y dado lugar a la publicación por distinguidos especialistas de otras tantas historias parciales: la etnográfica y la política, la literaria y la artística, la social y la jurídica, la religiosa, la económica, la científica y muy señaladamente y por encima de todas, la del pensamiento filosófico, revelantes, cada una de ellas, de múltiples manifestaciones con frecuencia ignoradas de los progresos en la civilidad de las costumbres y en la cultura, bases morales iniciadoras de la grandeza histórica de los siglos sucesivos.

No con otra finalidad cabría proceder a la compilación historial, documentada síntesis de la milicia del pasado, en forma que la relación ordenada de sus efemérides y las acciones personales de sus grandes capitanes de tierra y de mar fuera corroborada por razonados comentarios y amplias noticias suplementarias acerca de la génesis, desarrollo evolutivo y decadencia de las instituciones militares, de su organización y su funcionamiento, del armamento, de la táctica y de la instintiva combatividad peculiar de nuestra gente guerrera que ofreció en memorables ocasiones a la contemplación del mundo la original e ingeniosa maestría de su actuación. Todo esto constituye la historia de la guerra y la de su ciencia o arte, que es el que da la más alta medida de las fuerzas integrales de un pueblo y reclama para su apropiada exposición un sentido de veracidad y un rigor de milicia expresado en un estilo conciso y ceñido, vivo y enérgico a las veces, igualmente distanciado del primor retórico que del extremado tecnicismo de su vocabulario, en justa observancia de la proverbial y armónica confraternidad de las armas y de las letras (1), tan aconsejable a los escritores y tratadistas militares como a los literatos relatantes de acaecimientos, costumbres y escenas de la sociedad castrense.

Tal es la sensata norma que quisiera saber guardar en este mi soliloquio, mejor que discurso, el cual por su incoherente y difusa estructuración ha de fatigar vuestra atención avizada a escuchar parlamentos de mayor amenidad,preciado don de las Musas no en tanto grado exigible a los desposeídos de la galanura de sus gracias como la claridad, requisito irrenunciable de toda manifestación oral del pensamiento.

* * *

El movimiento de la Reconquista cristiana representa en Cataluña y en la Península entera la modificación más radical de su Historia, así la general, por la singularidad de su curso apartado y divergente del de las demás naciones germano-latinas, como la militar a causa del constante progreso en el arte de la guerra consecuente a su ejercicio sin apenas tregua durante los siglos desgraciadamente numerosos de permanencia de los árabes en nuestro suelo. A esta circunstancia, no

(1) El gran polígrafo del siglo XIV, fray Francisco Eximenis, encareció en Cataluña la universalidad de aquellas mutuales relaciones de armonía al afirmar terminantemente: "...que tostemps la on la sciencia es per excellencia en lo mon, que aqui de continent ha excellencia de cavalleria, axi que, excellent sciencia e excellent cavalleria tostemps se son accompanyades en qualque part del mon." (*Tractat de Regiment dels Prínceps e de Comunitats*, 1.^a parte, cap. XIII.)

obstante, es debida la providencial resurrección de los viejos pueblos ibéricos cuyo carácter racial no había conseguido borrar la uniformadora organización estatal impuesta por Roma a todos sus sometidos, con desprecio de las realidades étnicas, maliciosamente ignoradas también por la monarquía visigótica centralizada en Toledo y renacidas a nueva vida al calor de la multiseccular lucha de raza y religión entablada entre moros y cristianos, despertadora a medida del recobro de la patria perdida del dormido sentimiento de hispanidad. Este inmenso beneficio es acaso el único alcanzado por dicha circunstancia en nuestra región, donde la original y poderosa civilización arábiga dejó contados y poco interesantes vestigios en comparación de los espléndidos y abundantes que decoran las tierras peninsulares más largo tiempo sujetas al influjo de aquélla, que inspiró bellamente también las producciones intelectuales de sus naturales.

Pero si el pensamiento, la economía y el arte de los musulmanes no influyen en el modo de ser moral y social de la gente catalana, otra cosa fué por lo tocante a las cosas de la guerra que se les presentaban dotadas de insospechados perfeccionamientos de ingeniosa simplicidad, objeto de admirativo temor desde el primer día que hubieron de guardarse de los enjambres de aquella impetuosa caballería, heredera de la nómada o mauritana, genéricamente nombrada árabe o sarracena, aparecida en nuestros campos de batalla súbitamente dominados por la violencia de sus arrolladoras acometidas. Los investigadores *de re militari* no han encontrado de este periodo histórico más textos de estudio que las crónicas cristianas, absolutamente iliterarias y falseadas por el odio religioso, naturalmente explicable por lo piadoso de su intención, o los autores árabes, asimismo de escaso valor de información por la exuberante y fantasiosa lozanía del lenguaje exageradamente figurado y encubridor de vaguedades del pensamiento. Más explícito y en época posterior, escribe Ibn Khaldun (1), que, desde que existen hombres, los ejércitos no conocen sino dos maneras de batirse: la carga prolongada a fondo y en línea, o el ataque y la retirada alternados; la primera manera es la de todos los otros pueblos; la segunda es la de los árabes y de los bereberes.

Las tropas, a pie o a caballo, tenían todas el carácter de ligeras y estaban, por tanto, faltas de la nervadura de la infantería de línea, muralla viviente a cubierto de la cual pudiese rehacerse la caballería desbaratada. Lejos de esto, la infantería mal armada y peor ejercitada se singularizaba en solas las operaciones de tala y devastación. La admirable caballería, en

(1) El celebrado historiador tunecino (s. XIV), nombrado Ebn o Aben Jaldun, en documentos españoles.

cambio, móvil y vibrante, animada del espíritu de los pueblos asiáticos imbuídos del prejuicio de que el hombre se degrada si combate a pie, fué el patrón sobre el cual se modeló el arte de nuestra caballería a la gineta, estilo y escuela de equitación guerrera copiada de los *cenetes* (árabe *genet*, soldado) africanales, que gozó de gran favor en los ejércitos catalanes de la época real, en los cuales figuran *cavallers genets* y *cavalls genets*, o simplemente *genets*, con *armes genetes*; *selles a la geneta*, etc. El armamento ofensivo y defensivo de los árabes, imitado en lo que tenía de original y práctico por los cristianos, tomó de éstos ciertas piezas o modificó las propias en sentido de refuerzo de su potencia y solidez. De sus principales armas ofensivas: espada ancha y corta a la romana, lanza ligera, arco y maza de armas (*amrab*), fueron con el tiempo abandonadas estas tres últimas y adoptada la lanza larga y pesada de los cristianos, de quienes se copian también escudos y corazas, placas o láminas de hierro batido a mayor resistencia de la malla, confeccionada de sortijuelas de acero enlazadas simplemente, sin necesidad de la túnica de tejido acolchado sobre el que iban cosidos o clavados los anillos o escamas de acero bruñido de las lorigas y brunias de los siglos IX al XI. Obtuvo gran celebridad y merece ser mencionada la malla jacerina (de *Al-Djazair*, Argel), de finísimo acero muy duro y difícil de penetrar, el *gesaran* o *jaseran* de los catalanes, cota mallada que no debe confundirse con el *gesarant* o *jeserant*, de idéntica etimología, collar o cadenilla de mallas de oro y pedrería, rica pieza de adorno del indumento de hombres y mujeres.

Desconocedores los árabes de la guerra de sitios, a pesar de haber usado antes que los europeos una primera forma de pólvora, el *al-katran* de los fuegos griegos, sabían defender las plazas mejor que atacarlas, y quedaban por ello salvadas y liberadas de su furia invasora todas aquellas que de antuvión no conseguían escalar o sorprender. Tampoco conocieron el ejército permanente, eterna causa de superioridad militar, y si bien, cumpliendo la ley del Profeta, todos sus hombres son soldados, pues que la guerra es duradera sin interrupción hasta el día del juicio, no existía el verdadero soldado de oficio, no embargante lo cual la obediencia pasiva del creyente musulmán suplía en aquellas tropas no asalariadas la subordinación y disciplina requeridas en la milicia. Las fuerzas locales voluntarias ofrecen, respecto de las municipales romanas y godas que las precedieron y asimismo de las comunales feudales que las sucedieron, el carácter general de retorno a los lares familiares después de una campaña no muy alejada y de duración limitada a pocas semanas, terminada la cual los guerreros de un día se reintegran a las ocupaciones de la vida social propias de cada uno.

Este es, en breves rasgos bosquejado, el cuadro de la milicia de los infieles, contra la nuestra enfrentados en amorfa profusión de árabes y bereberes o, si se quiere, sarracenos, *sarrains*, siempre así nombrados en la Crónica real y en los documentos coetáneos, no obstante la impropiedad de la denominación ignorada por los mismos a quienes se aplicaba. Inmutables como ellos, a pesar de renovadas invasiones africanas en la larga trayectoria de cinco siglos desde que sientan el pie en la Península hasta la completa debelación de su dominio en Cataluña, sus rutinarios métodos y recursos de guerra hubieron de afrontar en Mallorca y en el reino valenciano el empuje irresistible de las armas de Jaime I, cuyas bravas huestes les aventajaban aguerridas y potenciada en mayor grado su capacidad combativa por las sucesivas enseñanzas militares de franco-aquitanos y de aquellos infieles mismos a menudo sus aliados, además de las bizantinas importadas por todos, sin contar el permanente sedimento de la escuela romana tan lejana y tan presente sin embargo en el temperamento de los catalanes, así hispano-romanos como godo-romanos.

La superioridad de los conocimientos militares de los francos se había hecho extensiva por natural comunicación a nuestros hombres de guerra, coadyuvadores obligados en las empresas de sus señores y maestros, de quienes contraen los hábitos y aquel tono de perfección profesional peculiar en ellos, mediante lo cual se capacitan a poco para más adelante obrar por cuenta propia, desprendidos de la tutela y magisterio de los carolingios, el renacimiento político de los cuales se hizo sensible en la milicia en todos los pormenores de su arte, que en organización, armamento y táctica especialmente, había ido realizando respecto a los vigentes anteriores a Carlomagno un notable avance. La proporción de la caballería ha aumentado en aquellas tropas reiteradamente expedicionarias a largas distancias. Los hombres a caballo van equipados de casco y de certenia, de brunia, de loriga, de cota, bien de malla, bien imbricada de escamas metálicas (*manchas*) y en la cual aparecen ya algunos refuerzos de piezas rígidas de acero. El combate tiene lugar a lanza y espada en formaciones de masas compactas. Las marchas van regularizadas sobre los itinerarios más habituales, con altos o detenciones de reposo a manera de las *hibernacula* romanas, verdaderos puntos de etapa en donde se hallan también, como en las *procestia*, los viveres necesarios en beneficio del aligeramiento de impedimentas y convoyes del servicio de avituallamiento que siguen las rutas terrestres con preferencia a las fluviales utilizadas frecuentemente por los romanos.

El modo de reclutamiento de los ejércitos carolingios revestía un carácter bien diferente de las convocatorias guerreras

de los primitivos francos y los otros nómadas germánicos, los cuales preferían al reposo una expedición bélica, ocasión de placer y de provecho. Invertidos los términos bajo un régimen de sedentaria estabilidad, pasó a ser obligatoria carga lo que fué antes apetecible ventaja, y hubieron de ser, en consecuencia, las leyes de recluta modeladas sobre las romanas del Bajo Imperio basadas en el principio de graduar el número de los individuos llamados a la prestación del servicio militar exigible con arreglo a la extensión de la tierra poseída por ellos, estableciéndose así procedimientos, mezcla informe del espíritu romano y del germánico, que continuarán en práctica, más o menos modificados, en el alistamiento forzoso de hombres para la guerra durante los periodos históricos venideros de nuestro país. Mas, al lado de su ejército, dispone Carlomagno de una *scara* (1) de tropa mercenaria asoldada por él, compuesta de algunos millares de hombres que a su inmediación le acompañan en todas las expediciones conducidas bajo su mando directo. Esta tropa característica de la organización del emperador, es el origen de las mesnadas condales y reales, guardia personal del monarca, la cual, andando el tiempo, se implantó cerca de todos los soberanos reinantes en Europa. La mesnada de Jaime I estaba constituida en su mayor parte por aragoneses que muy adictos le obedecían como a su señor natural, subordinados a su exclusiva autoridad de *rico home* de Aragón, cuyo pendón particular, antes que la señera real, seguían y reconocían por enseña propia.

Es de recordar en el primer cuarto del embrollado siglo ix la primera intervención armada de catalanes en Mallorca, ejercida por el conde de Ampurias, Armengol de Moncada, gobernador vitalicio de las islas voluntariamente sometidas al protectorado carolingio, no obstante su impotencia a preservarlas siempre de las continuas incursiones de los árabes, hasta que la defensa de Armengol las impidió, y más cuando, en 813, obtuvo sobre ellos una señalada victoria en aquellos mares apresando en batalla naval ocho naves cargadas de cautivos y de copioso botín cobrado en Córcega.

La Reconquista, al avanzar en la carrera emprendida, vino a realizarlo más a causa de la debilitación de los contrarios, consecuente a la descomposición del Califato, que a los progresos de la potencia militar propia formada bajo el inteligente aleccionamiento de los francos cuya organización y manera de combatir y de armarse, en continuo cambio más arriba seña-

(1) Voz de la baja latinidad designando tropa o cuerpo de hombres armados, ital. *schiera*; prov. *esqueira*, de donde el v. *esqueirar*, formar, ordenar en línea de batalla. El cat. *esquera* con la misma sign. se observa en Febrer, *Comedia de Dant* (Infern, cap. IV, v. 101); en Muntaner, *Crónica* (cap. LXVII) y en diversos documentos diplomáticos.

lado en los primeros carolingios, ha motivado que la infantería, poco menos que desaparecida, haya hecho lugar a la caballería, de tal modo, que sólo el hombre a caballo lleva el nombre de soldado (*miles*). La cota de mallas sustitutiva casi absoluta de la de escamas metálicas se hace ya indispensable, y a la lanza y al pesado glavio se añade una maza de armas o una hacha de doble corte (*bipennis*) del género de las antiguas franciscas. El orden de combate es ahora en línea desplegada con intervalos algo distanciados entre los cabalgadores. Las innovaciones son más notables en materia de fortificación, utilizándose los elementos que la pobreza y el atraso del siglo permiten para levantar castillos de modesta construcción, con poca muralla rodeada de ancho foso y torre maestra de madera revestida, en caso de sitio, de pieles de reses recién desolladas para bien o mal resistir a las tentativas de incendio.

La existencia del Condado de Barcelona fué sometida a ruda prueba por una acometida sarracena, la más formidable jamás sufrida desde los terroríficos tiempos de Muza y Táric, renovados en el último tercio del siglo x a la entrada en nuestro escenario histórico-militar de la grandiosa figura de Almanzor, verdadero rayo de la guerra fulminantemente caído sobre Cataluña predestinada, al parecer, a ver hollado su piso por las plantas de los grandes capitanes de todas las épocas si recordamos como, más de mil años antes de la venida de Carlomagno a Gerona, dos genios militares del mundo antiguo, Aníbal y César, en sendas memorables ocasiones, habían también dejado imborrable traza de su paso. Pero sepultadas en los campos de Calatáñazor las glorias y las extraordinarias empresas de veinticinco años de la incesante y metódica guerra del invencible hadgib, es este hecho señal sintomática del inicio de la decadencia del poderío cordobés y a la vez el hito miliáreo indicador de la consiguiente entrada en el periodo positivamente terminal de la Reconquista de Cataluña.

Con el imperio franco se había iniciado la era feudal e instaurado un nuevo régimen social que se introduce y se desarrolla en el condado con fuerza, si no tan acentuada como en Francia y en la Europa germánica, con intensidad mayor y con características bastante diferenciadas del semifeudalismo de los demás estados cristianos peninsulares. La descomposición, seguida del hundimiento de la colosal unidad carolingia y la simultánea constitución inarticulada y anárquica de la Marca Hispánica fraccionada en condados desunidos, cuando no hostiles entre sí, hechos que suponen la inexistencia de un efectivo poder nacional unitario, favorecieron la pujanza de la feudalidad hasta hacerla omnipotente no obstante la soberanía del conde de Barcelona, reducida a bien poco en la realidad mientras no rigieran reglas uniformes y universalmente respetadas

e imponibles a los señores teóricamente subordinados a la autoridad condal suprema. Si ya entrado el siglo xi, Ramón Borrell III fija aquellas reglas al promulgar los *Usatges*, primera codificación feudal escrita en Europa, será preciso todavía para conseguir la plenitud del poder político del soberano sobre las potestades feudales inferiores, apoyar la supremacía condal sobre la fuerza armada y disponer a su voluntad de un ejército propio como tal soberano o príncipe y no como poseedor del más elevado de los feudos y que aquel ejército sea, de más a más, superior al de los otros condes grandes feudatarios: los de Urgell, de Pallars, de Ampurias, vizconde de Cardona, etc. Tal superioridad vendrá paulatinamente con las tropas asoldadas crecientes en número hasta sobrepajar las formaciones feudales de los grandes señores, cuyas banderas estaban obligados a seguir sus vasallos dentro de la unidad orgánica y táctica que constituía su pequeña tropa de contingente difícilmente calculable en cada caso, puesto que el número de hombres variaba según la taxación del feudo en proporción de la extensión y de la población de su término, pero es de todas maneras evidente que era siempre cuestión de exiguas agrupaciones de composición heterogénea e imposible de someter a las evaluaciones numéricas de la táctica.

Esta voz, expresión la más elevada y perfecta de la regularidad, del orden y del concierto, pugna abiertamente con el desbarajuste y la arbitrariedad anárquica del feudalismo, defectos reflejados en sus formaciones militares, en las cuales, lo mismo que en las de los godos y de los árabes, no era presumible pudiese prosperar aquella arte con arreglo a la concreta acepción técnica moderna o por lo menos la normal que suponía la ordenación de los movimientos de las grandes unidades armadas de griegos y de romanos.

La limitación de los contingentes respondía al género de guerra habitualmente de carácter local y de contienda civil, dos circunstancias poco a propósito en la práctica para el desarrollo del arte militar; a parte que, los individuos de aquella milicia, diseminados e inmovilizados en tiempo de paz dentro de los castillos y puestos aislados de los cuales constituían la guarnición (*establida*), se hallaban privados de medios de ejercitarse en las evoluciones tácticas, regidas entonces por principios de rudimentaria simplicidad y de sentido común, tales como evitar por encima de todo el dejarse desbordar el frente, regulando a tal efecto los intervalos a fin de igualar o rebasar el del enemigo, formar en sentido de la profundidad diversas líneas de acción sucesiva, etc.

Fué usual la formación de combate en tres cuerpos: uno en medio, el más fuerte en calidad y número, y dos a los lados formando las extremidades de la línea de batalla, es decir, el

centro y las alas, original disposición, fundamento racional de todas las tácticas adoptadas en lo porvenir. El ataque frontal por cargas gradualmente más violentas, casi el único y exclusivo empleado para romper las líneas contrarias, explica la reputación de superioridad alcanzada por ciertos jefes militares, fundada en la habilidad que demostraron en pronunciar sus ataques sobre uno de los flancos del enemigo, maniobra diversiva si más eficaz, no fácil de ejecutar cuando el movimiento del destacamento atacante lateralmente dirigido es, por su defectuosa ocultación, descubierto y contrarrestado por una masa equivalente de tropas contrarias. Esta solución, que dos siglos más adelante ha de adoptar Dalmacio de Creixell en Las Navas de Tolosa, era verdaderamente excepcional, pues fué lo corriente, empeñada ya la batalla, sacar de las retaguardias, mediante conversiones sucesivas, las fuerzas destinadas al ataque desbordante. Ambas soluciones requerían intervalos proporcionadamente dilatados entre los trozos del ejército, con una atenta dirección de enlace y un perfecto adiestramiento de los combatientes en las evoluciones variables según el terreno o las distintas fases de la batalla, conjunto de condiciones difíciles de reunir en las tropas feudales generalmente mal disciplinadas. Los caballeros fueron impulsores los más significados y vivificadores del espíritu militar insuflado por ellos en las masas inorgánicas de la gente armada perteneciente a sus feudos respectivos, y disponían por lo general de tres monturas: un destbrero o corcel, caballos de batalla grandes y poderosos con su dobladura, esto es, un palafrén para los caminos, además de un caballo de baste, para transporte de la armadura propia, mientras los hombres de armas de categorías inferiores no contaban sino dos caballerías: destbrero o simple rocín para el combate y palafrén para las marchas. El empleo en la remonta de los caballeros de aquellos tres géneros de caballerías duró, con el reinado de las armas defensivas, hasta el fin de la Edad Media (1).

En cuanto al armamento ofensivo, continuó en favor la espada (*spata*) de grandes dimensiones, la lanza, el hacha y la maza de armas y también para el hombre a pie el dardo y la bisarma (*guisarma*), armas arrojadas herederas del *pilum* y de la *frámea*, a más de las ballestas y de los arcos disparando respectivamente cuadrillos o caireles (*quadrells, cayrells*), viras, viratones, pasadores, etc., y saetas o flechas (*sagetes*),

(1) Como ejemplo, véase el asiento fechado a 19 de septiembre de 1302 e inscrito en el *Libre segon del compte*, de PEDRO BOYL, tesorero de Jaime II: [332] "Item, done a n Salvador de Terol, al qual eren deguts per dos selles avia fetes fer a obs del Senyor Rey, la una a son cavalgar per cami, e altra per portar les sues armes. cc.xxj, solidos barcinonenses." — (Archivo de la Bailía General de Cataluña.)

dardos empennados o empenalados, proyectiles que raramente atravesaban la malla, garantía todavía suficiente del hombre de armas, ínterin la ballestería no será objeto de perfeccionamientos ulteriores que obligarán a modificar radicalmente la naturaleza defensiva de las armaduras, entre las cuales llega a grande auge el alsebergo, en catalán *ausberch*, *asberch* (1) y en francés *haubert* (del germánico *halsberc*), cota de mallas loricada cubriendo todo el cuerpo con el faldar cumplido, el gorjal (catalán *gorjaret*), las mangas reforzadas de brafoneras (catalán *brahonerres*) y las luas o guantes de armar atados a los puños. En la cabeza, sobre la cofia o escofia (b. latín *cuffia*, catalán *cofa*, *escofa*) entretelada o acolchada que la protege más inmediatamente, se adaptaba el almófar (catalán *capmayll*, francés *camail*), capuchón de malla, y encima el yelmo (*elm*, b. lat. *elmus*) cónico con espiga o nasal guardando la cara, o bien el casco (*galea*) esferoidal o acampanado. A parar y preservarse de los golpes servían el escudo (*scutum*) o la adarga (*targa*) afectando la forma de corazón entonces de moda, además del pavés (*scutus grandius* en Du-Cange).

En el manejo de los ingenios poliorcéticos cuyo uso se va propagando en el siglo XII, según veremos más abajo, se distinguen los maquinistas (*ingeniatores*), considerados como gente de guerra, de la cual prestaban el debido juramento de fidelidad al conde y a los señores, a quienes seguían en sus expediciones, singularmente en aquellas, las más generalizadas, de sitios de castillos o plazas muradas que en la Edad Media feudal, no obstante su dispersión, símbolo y consecuencia de la ausencia de un poder central o superior, tuvieron la mayor importancia para la seguridad y defensa de las tierras reconquistadas cuyos señoríos, mal dotados de tropas, recurrieron, como remedio de su debilidad, a la fortificación amparadora de pocos para defenderse de muchos. Acogidos a la protección proporcionada por ella, pueblan rápidamente sus contornos las gentes del término amenazadas por las incesantes incursiones que hubieron de soportar, durante los siglos X y XI y aun en el XII, bajo el calamitoso régimen imperante fecundo en guerras civiles permanentes ya entre los simples caballeros, ya entre sus feudatarios, ya de los magnates entre ellos o contra los condes, ya de éstos entre sí o contra el príncipe soberano. No hemos de creer, sin embargo, fuese siempre el castillo protector de la población rural, de la cual no parece que los señores se hayan preocupado demasiado, antes bien, mera residencia del castellano (*catllar*) y alojamiento de los hombres de armas a su sueldo, era a menudo antro de rapacidad vejatoria para los vasallos, quienes, además de las exacciones y servitudes del derecho feudal, la *host e cavalcada* principalmente, eran obligados

(1) *Libellus de batalla facienda*.

a la prestación por tandas del servicio de atalayas o vigías (*guaites*). De muchos de aquellos castillos sabemos hoy que no fueron sino casas más o menos fortificadas, con foso y empalizada, sin capacidad de resistencia duradera como la de las fortalezas construidas sobre rocas de difícil acceso, situación a la cual debían principalmente su inexpugnabilidad. Por lo demás, la pobreza de recursos edificatorios de los castillos feudales, se correspondía bien con la desorganización y con la misión limitada de las fuerzas que sus muros albergaban, destinadas al objetivo parcial de la defensa inmediata de la comarca jurisdiccional. La toma por sitio o por asalto del castillo contrario, finalidad casi única perseguida en las guerras privadas, daba ocasión a escaramuzas, emboscadas y sorpresas más que a batallas campales, operaciones aquéllas conducidas con un exceso de ferocidad cercano a la barbarie de las invasiones emprendidas por los *arrimanes* de las primitivas tribus germánicas, a cuenta y riesgo propios, para venir al exterminio de una tribu vecina. No otra cosa eran las hostilidades entre señores feudales reducidas a devastar hasta la total ruina los dominios del rival, dando así término a la campaña.

Es aventurado creer, vista la diversidad de procedencia de sus componentes, la existencia en los ejércitos feudales de normas directrices de organización lo mismo que una estrategia, una táctica y unos procedimientos de combate regulares. Tampoco es de creer que, desdeñada toda combinación estudiada, los grandes batalladores a lanza y escudo de aquel tiempo fiasen sólo al valor personal y a la fuerza de su brazo el éxito de las operaciones de la guerra. En las masas sin cohesión y heterogéneamente armadas, muestra revuelta, a partir del siglo xi, de todos los estamentos sociales en abigarrada mezcla, el mando, difícil y penosamente ejercido, pero de todas maneras efectivo, se repartía entre la varia jerarquía de los acaudilladores de la hueste condal, de los señores al frente de las mesnadas de sus hombres ligios o vasallos, de los oficiales concejiles y de los clérigos conductores de los respectivos contingentes comunales y parroquiales. Todos ellos se afanaban con buena voluntad a gobernar la gente y alinearla por escuadras o por *escalas*; a desplegarla y reunirla; a disponerla en las formaciones en haz (catalán *aç*, del latín *acies*) preferida por los francos, o en cuña, habitual entre los germanos; a hacerla marchar en el mejor orden posible; a la concentración de la peonería en círculo con las lanzas caladas; a soltar ciegamente hacia adelante el volante tropel de los arqueros en dispersas bandadas, etc. Tales eran los principales movimientos del dispositivo táctico usual hasta llegar al conocimiento de los procedimientos metódicos de la técnica bizantina que serán importados por los cruzados durante los dos siglos siguientes y en

el xiv, además, por nuestros propios hombres de guerra para entonces en contacto directo con el Oriente.

La vanidosa ingenuidad de aquel tiempo que se complacía en la postura imponente y en el ceño enfático, estimaba también imprescindible, igual que en el mundo antiguo, la fastuosa exhibición de los grandes caudillos vestidos del mando en jefe de una hueste, los cuales iban a la guerra rodeados de brillantes cortejos, reunión casual y continuamente mudable de personal, de mérito o no, sin puesto en las filas ni cometido preciso y determinado en el apiñado agrupamiento que formaban, de cuya vistosidad se infería la majestad o la importancia del personaje principal, tanto más respetado cuanto mayor admiración producía su aparatosa presentación. El rey Jaime I gusta de citar en todos los casos los nombres de los ricos hombres y de los barones más o menos subalternos de su séquito que no siempre sirvieron, según declara, para guardarle de los efectos ofensivos del enemigo atraído por aquella masa poco movable y singularmente dañosa por cuanto, tras hacer inútilmente ostensible la presencia del soberano en la batalla, no podía defenderle ni ayudarle.

El bienaventurado año 1149 había señalado la consumación de la ansiada obra de recuperación cristiana de la totalidad del solar catalán, término estricto de la Reconquista, ampliada más tarde a las tierras e islas adyacentes. Este propósito, nuevo ideal patriótico de Cataluña después de su victoriosa liberación, germina en las mentes de pensadores y políticos y se exterioriza por vez primera en la entrevista del príncipe de Aragón y su yerno Alfonso *el Emperador*, los cuales convienen la conquista y reparto de los reinos moros de Valencia y Murcia, plan no llevado a efecto entonces pero que constituirá el objeto capital de la historia del siglo próximo venidero y colmará la vida entera de Jaime el Conquistador.

En aquellos días, pasada la mitad de la xiii^a centuria, se van introduciendo en el arte de la guerra y en la organización de nuestros ejércitos modificaciones notables, consignadas ya varias de ellas, debidas a la influencia de las Cruzadas, iniciadas al finalizar el siglo anterior (1095) y que han de tener su término en el del xiii (1295). Dicha influencia se hizo sentir por la llegada a la Península de extranjeros, cruzados o no, que en evitación del viaje a Palestina eran venidos a nuestra cruzada permanente, ejercicio cotidiano y común a las generaciones de la Reconquista. Muchos de ellos, con todo, una vez informados al contacto de los sarracenos españoles acerca de su diplomacia y de su táctica, marchaban definitivamente a Oriente, émulos de Raimundo de San Gil, conde de Tolosa, soldado ambicioso, acá aleccionado combatiendo contra los moros e inmortalizado allá en Tierra Santa acaudillando los contingentes del mediodía de

Francia en el sitio y toma por asalto de Jerusalén. Al incesante intercambio de expedicionarios yentes y vinientes se debe la reciprocidad de influencias entre el Oriente y Europa, beneficiada ésta en el progreso de sus armas por las enseñanzas de los cruzados, conocedores y experimentados instructores de las novedades en materia militar traídas a nuestra tierra, bien las imitadas de los otomanos, muchas de ellas directamente comunicadas ya de tiempo por nuestros adversarios moros, bien las más importantes de reciente procedencia greco-bizantina.

Cataluña bajo el oligárquico régimen feudal consiguiente al señorío germano-franco-aquitano había despreciado y casi desterrado las tradiciones militares romanas, que Bizancio conservó íntegras centralizando en Constantinopla una verdadera escuela de milicia inspiradora, a partir de Vegecio, de todos los escritores militares de aquella época, el más célebre de los cuales, el emperador León *el Filósofo*, compone para uso de los estrategas sus clásicas *Instituciones militares*, donde enseña, dos siglos antes del arribo de los cruzados, la manera de batir a turcos y árabes por métodos contrarios a los suyos, esto es, oponiendo a las atolondradas acometidas de los jinetes musulmanes las cargas en masa de la caballería regular y las impenetrables filas de los hastarios, lección que la práctica futura ha de confirmar en Palestina y Judea, según lo había, con anticipación al texto de León, demostrado también en Occidente la experiencia de Poitiers repetida en innumerables ocasiones de nuestra Reconquista. Pero mejor aún que sus tratadistas técnico-militares, poseía el imperio bizantino los únicos ejércitos permanentes del mundo, herederos de los romanos en composición y sabias evoluciones tácticas, sin contar que, matemáticos por tradición, los griegos habían perfeccionado la arquitectura militar, los ingenios de guerra y el arte de la fortificación y de los sitios, con más la fabricación de armaduras y de armas balísticas disparando viras y cuadrillos más penetrantes que las flechas de los arqueros, la confección de sus típicos artificios incendiarios universalmente conocidos, etc.

La Cruzada, a su tránsito a través del imperio de Oriente, va a sufrir en su aspecto de heroico peregrinaje, más bien que de disciplinada empresa bélica, una profunda transformación a vista y ejemplo de las antedichas perfecciones ofrecidas por Constantinopla que asumió la conducción estratégica y logística, así como la Santa Sede había tenido la iniciativa de ordenación suprema y de organización financiera y pronóptica (1) de aque-

(1) De προνοειν, proveer, voz moderna que en su acepción más extensa significa la ciencia de procurar continuamente a las tropas en campaña todo cuanto necesitan para subsistir, sin apartarlas de su servicio normal: las marchas y el combate. (GÉNÉRAL LEWAL, *Tactique des ravitaillements*, París, 1881).

llas piadosas muchedumbres, armadas y constituídas según las reglas feudales, que fueron cambiándose en agrupaciones orgánicas fraccionadas al modo romano formando unidades tácticas, con cuadros de mando bizantinos — por generales imperiales incluso encabezados — además de la adunción de tropas auxiliares y de minadores (*minerii*), de material y de especialistas en balística, de constructores de ingenios, todo ello concertado bajo la autoridad de un jefe único en la batalla.

Así militarizados los contingentes de las Cruzadas, compusieron en Oriente un ejército fuerte, cohesionado y móvil, racionalmente dividido en cuerpos bien constituídos y equipados, aguerridos y maniobreros, en los cuales la infantería, gobernada por los caballeros a pie, acusa su existencia y su aptitud para todo género de guerra, especialmente la de los árabes, pródiga de ardides, acechos y sorpresas que la enseñan a precaverse y a disponer, según arte, los servicios de seguridad en las vanguardias y puestos avanzados, observando con precisión los órdenes de marcha y de combate. La preponderancia de la ballesta sobre el arco, aconseja la adopción de la excelente malla damasquina más ligera y tan resistente a las flechas como las agobiantes lorigas y brunias, muy pronto desechadas por inútiles a preservar el cuerpo de los tiros de aquella temible arma de resorte manejada por ballesteros a pie (*balistarii pedites*) y a caballo (*balistarii equites*).

Sobre aquel tipo, modelo invariable de un ejército que irá imponiéndose en el resto de la Edad Media, se ajustan las características orgánicas y tácticas de la milicia catalana y de la aragonesa en el pujante periodo histórico de los condesreyes. Al lado de las fuerzas del servicio puramente feudal en progresiva decadencia, se alzan las extrafeudales de infantería de las villas y burgos y de los obispados y abadiados, crecientes en número y en eficiencia, hasta ser de mayor entidad y cuantía que las señoriales. De entre los componentes de estas últimas: siervos, colonos, asalariados, etc., destacan con los *homens* o *cavallers de paratge*, provistos de armamento y caballo propios, los domésticos (*domesticus*), pajes y donceles (*donzells*) dedicados desde su infancia al servicio personal del caballero y aspirantes a igualarle algún día por el noble camino, siempre abierto entonces, de la guerra, en la práctica de la cual se inician en la constante compañía de su dueño y maestro, para derivar luego ya a escuderos, como escalón de acceso a la caballería, ya a sirvientes de armas (*servents, sirvents*) — como los *sergents d'armes* franceses — verdaderos soldados permanentes (*servientes pedites, servientes equites*), agrupados aproximadamente por centenas (*centenars*), obedientes a un caudillo (*capdill*) procedente probablemente de sus filas.

La denominación, que empezaba a ser usual, de *companya*

o *companyia*, formación imprecisa, de fuerza variable contando tan pronto cincuenta como quinientos individuos, no representa por ningún concepto lo que la unidad moderna del mismo nombre compuesto por un número casi fijo de hombres pertenecientes todos a una misma arma o especialidad.

Con el ejército marchan también los ribaldos (*ribalts*), gente combatiente de ínfima categoría, nombre genérico de tropa ligera, más bien irregular e indisciplinada, patulea rapaz de merodistas que seguía o precedía a la hueste, y cuyo nombre despreciativo es hoy en todas partes equivalente de bellaco, pícaro o rufián. Desconocida en la Edad Media la unidad administrativa o táctica que posibilitaría la evaluación de la fuerza de sus ejércitos, no se poseen datos exactos acerca de la composición o repartición orgánica de estos elementos, agrupado cada uno bajo la bandera de su jefe o de la comunidad correspondiente, entrando en batalla al estridente son de las trompas y de las bocinas (*corns*), de los atambores (*tamors, tabals*), de los añafiles (*anafilis*) y de las nácaras (*nacres*), tomados los últimos de los árabes, de los cuales se copia la algazara o alarida (cat. *ahucs*, francés *huée*) excitante del valor como los gritos de combate, tales el ¡*Sant Jordi!*, ¡*Santa Maria!* o el ¡*desperta ferro!* de los almogávares, el ¡*via fora!* del somatén o el ¡*Aragó!* de la hueste real.

El suelo catalán, además de la circunstancia favorable al espíritu de la guerra que representó su dilatada linde marítima, ancha puerta abierta a las iniciativas expansionistas de navegantes y de caudillos militares detentadores durante siglos del dominio absoluto del Mediterráneo, fué favorecido por la Naturaleza con el don más eficaz a los fines de aquel espíritu, cual es el atesorar abundantemente en las entrañas del subsuelo los minerales ferruginosos que el industrioso ingenio popular acertó a transformar sabiamente en el mejor hierro mediante la forja catalana, clásico y antiquísimo método siderúrgico no superado en la excelencia de su producto que proporcionó a los catalanes aquel elemento reputado más esencial para guerrear que son las armas.

De los tiempos de griegos y romanos acá, han sido considerados sinónimos en todas las lenguas los términos de hierro y de arma blanca, entendidas tales la espada o gladio y la lanza, las armas nobles por antonomasia y emblema característico y universal de la milicia. El armamento juega el más preponderante papel en el arte militar que compendia todos sus progresos en los inventos y perfeccionamientos de las armas y elementos ofensivos. Cada aumento obtenido en poder y eficacia del arma ha obligado a reforzar la resistencia de las armaduras y demás elementos defensivos, sin exceptuar la fortificación que debe su perfeccionamiento progresivo al

esfuerzo para contrarrestar el incremento del maquinismo bélico y la creciente potencia de la tormentaria amenazadora de sus murallas. Así, son las armas las que subordinan a su influencia al hombre y al terreno los otros dos factores esenciales en el combate. La táctica misma que es base de la ciencia militar y, más aún, según Guibert, toda esta ciencia (1), ha de ajustar sus formaciones, movimientos y evoluciones a la naturaleza, a la potencia y al alcance de las armas. Los catalanes, habituados por inveterada inclinación a su manejo, se distinguen igualmente en los oficios y manufacturas de la armería.

La fabricación de las armas y simultáneamente la de las armaduras por los *cotamallers*, prestigió durante centenares de años ante el mundo el nombre de Cataluña y en particular el de nuestra Barcelona medieval, constituida en el centro principal de confección y de comercio de aquéllas.

Un día del mes de junio de 1303, ordenaba Jaime II a Bernardo Martí, de su real cámara, pasara a recoger unas armas expofeso construidas aquí, para obsequiar al infante don Juan Manuel, su huésped, cuando las vistas concertadas con el rey Fernando IV de Castilla (2). En el viejo léxico francés eran designados con los nombres respectivos de *barcelonnois* y *barcelonnoises* los broqueles y las picas que dieron gran fama a los aventajados gremios de armeros de la ciudad Condal, cuya memoria perdura hoy todavía en el nombre de las calles de la Espadería, de la Daguería, de la Frenería, donde se hallaban instalados sus obradores. De no menor crédito gozaron los ballesteros barceloneses constructores de esta arma mal vista por la nobleza y estimada preferentemente por las clases populares, entre las que se reclutaban muy numerosos y diestros tiradores. Todos conocemos por el *Dietari o Manual de Novells ardis* la detallada y periódica noticia de la celebración anual de la fiesta instituida de antiguo por el Consejo de la Ciudad, a semejanza de otros países, en ocasión del concurso de tiro, el *joch de la ballesa*, aliciente de los aficionados optantes a las *joyes* o premios consistentes en ricas copas de orfebrería y ejemplares primorosos de aquella arma, acaso similares de los dos de la misma procedencia, registrados en el inventario de los bienes del rey Renato de Angers, en sendas anotaciones: "...*une herba-laiste d'acier de Catheloigne*" y "*une autre petite herba-laiste*

(1) HIPOLYTE DE GUIBERT, *Essai général de tactique*. Liège, 1773.

(2) [1119] "Item, done a n Bernat Marti, de la cambra del Senyor Rey, en acorriment de sa quitacion, car lo trametia lo Senyor Rey a Barchinona per aportar unes armes manades fer en Barchinona a obs del noble en Johan Manuel. Ixxx. solidos barchinonenses." — EDUARDO GONZÁLEZ HURTEBISE, *Libros de Tesorería de la Casa Real de Aragón*. Barcelona, 1911.

de *Cathelaigne garnie de petites tilloles*". En el *Dietari* consta también, en el año 1381, una adquisición de pasadores de ballesta solicitada por el Rey Don Juan I de Castilla a los Concelleres de Barcelona, hecho frecuente antes y después de aquella data por parte de otros príncipes castellanos, así como de Portugal y de Navarra. Muntaner (1), en animada y exacta pintura, nos informa puntualmente de la capacidad de producción de las industrias de guerra en Cataluña, al presentárnosla convertida por entero en arsenal inmenso, con febril ahinco aplicada al trabajo preparatorio de la expedición de Pedro III a Sicilia, y enumera prolijamente las armas ofensivas y defensivas, los ingenios y pertrechos de toda especie que se construían "en les ciutats qui son dintre terra... axi que tant eren los feyts grans, que per tot lo mon anava la nomenada".

El armamento no presenta al fin del siglo XII y comienzo del siguiente grandes modificaciones en armas y en armaduras, casi las mismas de siglo y medio atrás con más en lo sucesivo el estoque, la espada de dos manos (*manerès*), el bracamarte (cat. *basalart*, b. lat. *badilardus*), la broncha, el bordón o bordonasa, la *espasa bordonenca*, etc. Para defenderse contra los arcos y las ballestas de estribo y de dos pies de mayor potencia, se extiende sin prescindir de la cota o camisote (*camisol*) de malla — el *gonió* o gorvió de Jaime I — el uso del alsebergo de más espesor, acaso el *gipó fort* de la Crónica, jubete o jubón de armar ojeteado, adicionado de calzas y de canilleras (*gamberes*) de malla. El yelmo, de forma cilíndrica y de imperial plana, envuelve la cabeza y provisto de barbote o babera (cat. *barbuda*) desciende hasta el cuello con apoyo sobre los hombros. La peonería, a falta de alsebergo, se defiende con el gambax (árabe *kambah*) de cuero acolchado (el gambesón de los franceses), la capellina, el capel de hierro o el casco cónico a más de un broquete redondo, y como armas ofensivas se vale del espiche (cat. *espelt*, francés *épieu*), de la azcona, la javalina, la azagaya, la ronca (*roncó*, *róncola*); de la pica, del godendarte, del honcejo, hocino u hoz enastados (cat. *dall*) y del cuchillo (*cottell*, *costaler*). La maquinaria poliorcética continúa en auge, al mismo tiempo que la arquitectura militar, en evolución de rápido progreso a partir del siglo X, va reemplazando los mezquinos castillejos feudales por los sólidos y duraderos castillos de piedra de que he de hacer mérito posteriormente en algunos pasajes.

He aquí, pues, revistadas en esquemática muestra, las ringlas de nuestros hombres de guerra, pertrechados con sus armas y alineados sobre el propio natal terreno a punto de pelear fuera de él, protagonistas de la epopeya que ha de

(1) *Crónica*. (Cap. XLIV.)

llenar de asombrosos hechos los dos grandes siglos de la historia de Cataluña, llegada a la mayoría de su edad y adueñada de sus destinos, desasida para siempre del yugo musulmán. Templados los catalanes por las luchas y los infortunios de los duros tiempos de servidumbre y cautiverio, fortalecido el corazón por el dolor y ajuiciado el seso por las acumuladas enseñanzas militares de sus antiguos dominadores, se disponen a no tardar, unidos a los aragoneses y ventajosamente preparados para la guerra, a conducirla ya a las vecinas tierras, objetivo de próximas conquistas, ya a lejanos y exóticos teatros, paseando por los tres continentes del mundo euroasiáticoafricano los colores de la Casa de Barcelona flameando en las banderolas de sus lanzas victoriosas.

* * *

Si fué el décimotercio el siglo de oro del cristianismo, lo fué también a merecido y doble título de Cataluña que vió continuados en el siguiente, el más rico en momentos de grandiosidad histórica, sus extraordinarios acontecimientos, pero de tal suerte superados que pudieran ser tenidos por fabulosos a no haber quedado perpetuada su veracidad en irrecusables crónicas y documentos fidedignos.

Al comienzo, pues, del siglo XIII, rigiendo nuestra confederación catalano-aragonesa. Pedro II, se hallaba el mundo occidental en el punto crucial de la Historia en que la Cristiandad y el Islam habían de librar fatalmente al éxito de una batalla su incierto porvenir. Nuevas y continuas expediciones de Africa se derramaban sobre la Península con profusión presagiosa de una inminente repetición de Alarcos que hubiese dado fin a la existencia de los atribulados reinos cristianos de España y Europa. Las ordinarias preces de la Iglesia por la concordia de los príncipes, surtieron en esta ocasión su efecto cuando reunidos en Mallén (1209) para ajustar paces los reyes de Navarra y de Aragón por mediación del de Castilla, vienen a un completo acuerdo de acción común. Por su parte Alfonso VIII no ceja en sus preparativos de guerra y entrevistado en Cuenca (1211) con Pedro de Aragón, conciertan ambos su plan de campaña a la que concurrirán las armas catalanas con finalidad bien distinta a la perseguida en 1010 cuando su primera salida del territorio propio al mando de Borrell III y Armentol *el Cordobés*.

Acogidos a los beneficios espirituales de la Cruzada concedida por Inocencio III y predicada en Italia, Alemania y Francia por Rodrigo Ximénez de Rada, el grande Arzobispo de Toledo, síguenle y entran con él en España aquellos cuarenta mil cruzados, *omes de ultrapuertos*, que, prontamente apa-

gada su fe y mal avenidos con la disciplina, debían volver grupas antes de la batalla y desmandados repasar los puertos, dejando detrás de ellos la execrada memoria de sus bandole-rías. Sólo permanecieron adictas las milicias de los prelados franceses, fraternales auxiliares de los tres reyes solidarizados, afirmándose con esta selección de elementos armados, a los que se agregó la lucida tropa portuguesa del infante don Pedro, el doble carácter de unidad cristiana y de hispanidad revelada por primera vez esta última en la magna empresa que inmortaliza el año de gracia de 1212 con su jornada del 16 de julio, fecha de perenne gloria conmemorada por la Iglesia jubilosa en la fiesta del triunfo de la Santa Cruz, y por la Historia que la inscribe en sus páginas unida al nombre de Las Navas de Tolosa.

Los resultados estratégicos de la batalla excedieron de lo presumible y fueron de la mayor trascendencia para el porvenir inmediato. Dominada Sierra Morena y abatido a la vez el poderío de los almohades, pertenecía ya virtualmente a Castilla la dilatada cuenca del Guadalquivir expectante de las cercanas campañas cristianizadoras de Fernando el Santo, así como los reinos moros de Levante, faltos en lo sucesivo del adjutorio de Africa, han de aguardar temerosos la próxima sucesión a la corona de Jaime el Conquistador que hará hablar y rezar en catalán a Mallorca y a Valencia.

Quedaron a un golpe abiertos allí los derroteros futuros de las dos políticas peninsulares de la Reconquista: la de Castilla, orientada por natural reacción hacia Andalucía y el Estrecho que será franqueado mañana para poner el pie en Africa, y la de los pueblos de la Corona de Aragón arrastrados por el hechizo del Mediterráneo prometedor de las riquezas del soñado Oriente con el dominio pleno del piélagos latino. El evolutivo proceso de unificación de ambas políticas tenderá invariable a concatenar sus movimientos dirigidos a la realización histórica de la creación de España, obsesionante anhelo de Jaime I, repetidamente manifestado durante su reinado en terminantes palabras como las a manera de lema que adornan el título de este discurso.

Vuelto a sus estados el rey Pedro apellidado *el Católico* por su defensa de la fe, tuvo, por irónica y paradójal fatalidad, que contradecir la propiedad de este cognomento al decidirse a intervenir con sus armas por él conducidas en auxilio de sus cuñados, los condes Raimundos de Tolosa, padre e hijo, mantenedores acérrimos de la herejía albigea condenada por la Santa Sede con la obligada excomunión, además de la publicación de la cruzada que capitaneó Simón de Montfort, aquel precisamente a quien confiara Pedro la tutela y crianza militar de su hijo y sucesor Jaime, el futuro rey perfeccio-

nador de la Reconquista en las partes irredentas de la Península vecinas de Cataluña y de Aragón.

A las ideas heréticas de los albigeses iban unidas las políticas que impulsaban a las municipalidades provenzales, aquitanas y lengadocianas a constituirse en repúblicas a la manera de las italianas, ideal democrático en pugna con el poderoso feudalismo del norte de Francia finalmente triunfante en la cruenta guerra civil y religiosa entablada en el Mediodía.

La desinteresada intervención en ella de Pedro II terminó en Muret con su derrota y muerte por bote de lanza más desgraciadamente certero que el recibido, con solo la rotura de la loriga, en la jornada de Las Navas. En la fatídica de aquel 13 de septiembre de 1213 fracasó con la romántica empresa real el movimiento patriótico de los pueblos meridionales, antiguos feudatarios de la casa condal de Barcelona.

Participante en aquellos hechos y en la compañía del rey, citan las crónicas catalanas un Dalmau de Creixell, hijo de su homónimo el polemarca genial caído en Las Navas, figurado el primero también en varios pasajes del poema provenzal del trovador Guillem de Tudela (1), que elogiosamente lo presenta:

“En Dalmatz de Creiseilh, .i. valent valvassor
Que fon de Catalonha, d'un gentil parentor”

y en versos precedentes:

“Intra per mei la vila l'coms de Foís e n Dalmatz:
Car es pros om e savis e gent acosselhatz.”

Si sobre estas tan bellas cualidades atribuidas por el poeta hubiese poseído el valvasor Creixell las paternas virtudes de supremo heroísmo y abnegada fidelidad a su rey, no fuera merecedor del reproche oprobioso envuelto en la sencilla relación que del suceso de Muret dejó a la posteridad la Crónica de Jaime I, al referir especialmente la conducta vituperable de los cobardes acompañantes del rey Pedro “que levat don Gomes, e don Miquel de Rada, e don Açnar Pardo, e alguns de sa meynade que y moriren, que ls altres lo desempararen en la batayla e se n fugiren hi: de Catalunya en Dalmau de Crexel, e Nuch de Mataplana, e en G. Dorta, e en Bñ. dez Castelbisbal, e aquels fugiren ab los altres”.

Censura gravemente después el augusto cronista la inepticia y la ignorancia de las más elementales reglas de la táctica

(1) *La Chanson de la Croisade contre les Albigeois*. Editée et traduite par PAUL MEYER. Paris, 1875-79.

de que dieron lamentable muestra en aquel combate los ricos-hombres que "no saberen rengar la batayla ni anar justats, e ferien cada un rich hom per si, e ferien contra natura d armes". Y concluye la narración de la desastrada batalla con el párrafo epilógico en que está plasmada la idea del honor que exalta todos los actos de su noble vida de rey y de soldado: "E aquí morí nostre pare: car així ho ha usat nostre llynatge totz temps, que en les batayles que ls an feytes ne nos farem, de vençre o morir."

Venido de tan esclarecida ascendencia y prosapia, nieto de dos ramas de monarcas guerreros, hijo de un rey heroico y con predestinación él mismo de gran monarca y gran guerrero, llega Jaime I al trono de Barcelona y de Aragón. Hijo adoptivo también y predilecto de la Victoria que en cien atrevidas empresas le sonrió cariñosa, pues acostumbra como la Fortuna enamorarse de sus perseguidores más audaces, supo, bajo la figurativa égida de los favores de ambas divinidades alegóricas, cumplir, paladín del honor del linaje real, el difícil deber que le impuso el ideal patriódico y cristiano de su pueblo ávido de expansión terrena y espiritual.

En la historia militar de aquel gran siglo nuestro, comparable sin demérito al periodo coetáneo de Francia activamente belicosa bajo la renovadora organización de Felipe Augusto y sus continuadores, surge una verdadera pléyade de ilustres hombres de guerra cuyos hechos nos estremecen de legítimo orgullo al solo recuerdo de sus nombres de perpetua celebridad, tales los de Creixell el de Las Navas, de Muntaner, de Roger de Flor y de Roger de Lauria, por no citar sino los astros de primera magnitud, y así como el nombre del lucero mayor y más resplandeciente distingue en el cielo y apellidá la constelación de que forma parte, asimismo la figura mítica, casi tanto como histórica, del rey Jaime, simboliza y llena el cauce del siglo ennoblecido por la epopeya que creó su espada y que su pluma, con la inimitable llaneza de un príncipe, dejó escrita en páginas de sobrio estilo al viril acento de su romance nativo. La importancia técnico-militar de la Crónica real, me ha inducido reiteradamente a invocar la autoridad de varias citas glosando insistente su texto de oportuna ejemplaridad en apoyo de mis aserciones, que no es posible prescindir de los dichos y hechos del regio cronista al historiar las artes de la milicia de su época.

Criado en un ambiente propicio al aprendizaje de aquéllas, confiado en su más tierna niñez al condottiero Montfort por su padre, y sometido, muerto éste, a la áspera disciplina de la caballería del Temple durante su insegura y azarosa y triste infancia pasada en el encierro del castillo de Monzón, hubo la adversidad de fortalecer su alma y vigorizar su gallardo

cuerpo la austeridad y rigor de aquella escuela, de la que sale para dar inmediata prueba de la precocidad de su valor, vistiendo la cota de armas no bien cumplidos los diez años de edad y comenzando su vida de infatigable actividad guerrera, batallando con moros y con sus mismos vasallos, tan rebeldes y tornadizos como aquéllos.

El secreto, si es que puede haberlo, de los éxitos del rey, debe atribuirse a la circunstancia, no frecuente en la Historia, de haber empuñado a la vez sus manos el cetro y la espada, reunión entonces y siempre indispensable para realizar grandes empresas. Jaime el Conquistador, como había sido Alejandro el Macedónico y como habían de ser Gustavo Adolfo de Suecia *el león del Norte* y Napoleón el Corso, no fué el general de un rey, o el rey de un general, sino que reuniendo en su cabeza y en sus manos las facultades necesarias para obrar expeditamente, asumió en su persona la plena responsabilidad política y militar de los acontecimientos, con independencia del parecer de consejos y juntas. No por esto rehusa escuchar atento, antes bien en todos los casos requiere la opinión y dictamen de los hombres experimentados en pormenores de ejecución operativa, cuyas advertencias manda observar y cumple él mismo escrupulosamente.

No obstante su temprana mocedad, demuestra el novel monarca las aptitudes más completas del hombre de guerra, aquellas precisamente que no parecen compatibles con la adolescencia. Su pensamiento discurre con la exactitud y conocimiento de un técnico el atinado plan de conjunto de las empresas de conquista que sueña su encendida imaginación de patriota codicioso de gloria y deseoso de pelear. Comprende desde luego que nada cabe intentar con provecho en el Continente sin la previa posesión de Mallorca, que en poder de los musulmanes representaría una perpetua amenaza contra la seguridad de las ambicionadas tierras meridionales, en cuya ulterior y trabajosa adquisición presidió la firme voluntad de ganar la ciudad capital señoreadora de todas las restantes, sabio principio estratégico donosamente expresado cierto día en aquella su sentenciosa y aguda réplica de sabor popular: "car nos som venguts a hora e a punt que podem haver Valencia, e així haurem la galina e puy los polets". ¿Cómo no reconocer el sentido del genio militar en quien así razona y sabe, madurados ya sus proyectos, llevarlos a la práctica con pergeño de soldado, mediante preparativos minuciosos, extremo cuidado del mecanismo del avituallamiento, acertado empleo de las fuerzas, conducción metódica de las operaciones hasta rematarlas con desprecio de la vida en impulsivos arranques de participación personal en la acción campal?

Afirmada la potestad real por la conquista moral de la propia tierra que aplaca temporalmente a la levantisca nobleza, una vez extinguidas las conjuraciones, intrigas y motines de los primeros años de su reinado, puede Jaime, llegado él de 1228, aplicar su actividad a la proyectada expedición de Mallorca que, en 6 de septiembre del siguiente, zarpó simultáneamente de Salou, Tarragona y Cambrils, compuesta de quince mil infantes y mil quinientos caballos a bordo de ciento cincuenta leños (*lenys capdals*) sin las embarcaciones menores, bello conjunto naval reunido gracias al poder cada día creciente de la próspera marina catalana, dotada de flotas tanto de transporte, cuanto de combate, formadas éstas últimas en gran parte por galeras de remo construídas para ir a corso y que poseyendo una potencia de choque considerable fueron terror de enemigos y asombro del mundo, al par de los almogávares, montados en ellas cruzando por primera vez el Mediterráneo en busca de más anchos campos para sus proezas. La composición del ejército del que forman parte es la misma de Las Navas y de anteriores empresas: catalanes, aragoneses, provenzales y extranjeros; mesnadas señoriales, caballeros templarios y sus peones, milicias episcopales y las burguesas de las ciudades con sus hábiles ballesteros, payeses y marineros, se juntan en sus haces agrupadas en cuatro cuerpos, tres de ellos a los mandos respectivos del Obispo de Barcelona, de don Nuño Sánchez y de Guillem de Montcada y unido el otro a la mesnada real, la *scara* de origen carolingio, todo ello bajo la suprema dirección de Jaime que va a merecer el renombre de Conquistador en el lapso de apenas cuatro meses de campaña insular culminada en el asalto de la capital, la musulmana Medina Mayurka, cristianada por sus armas el postrimero día de aquel año de 1229.

En el sitio que preluvió la toma de la ciudad, frente a la cual se acamparon los vencedores de las batallas de Santa Ponça y Porto Pi a seguida del afortunado desembarco, obraron con magistral eficacia las máquinas, auxiliadas por el complejo material poliorcético requerido y por las minas demoledoras de numerosas torres y lienzos de muralla que, puestos en puntales o *cuentos* (*estolons*) incendiados luego, se desplomaban facilitando el paso de los asaltadores. La mina, sabiamente dirigida, se vió empachada a menudo por la contramina enemiga, dando lugar a combates subterráneos tan encarnizados como los más tremendos de superficie apoyados por los ingenios, a cuyo empleo y afición por parte del rey he de aludir repetidamente. A la presencia de Jaime que miraba "los genys con tiraven" como dice él mismo, y contra los dos *trabuquets* y las catorce algarradas de los sarracenos, funcionaron allí los trabucos o *trabuquets*, un *almajanec* o *manganell turquès*

y un *fenevol* o fundíbalo, probablemente el ingenio designado en la Crónica de Desclot con el nombre propio de *Arnaldes*, a semejanza de los impuestos a los bajeles y a las espadas, a las campanas de los templos y a los caballos de batalla.

Por el libro de Desclot se tiene conocimiento también de otro ingenio de guerra que con la denominación latina de *librilla*, *librilla* o *libralia*, ha sido objeto de divagaciones acerca de su naturaleza por parte de los eruditos que han pretendido describirlo, los cuales, de haber leído aquel texto, hubiesen comprobado la identidad de la discutida máquina libro-petraria con la *llebrera* allí mencionada en circunstanciada explicación de su estructura y efectos ofensivos que tan duramente experimentaron en 1285 los franceses de Felipe *el Atrevido* cuando intentaron el asalto por escalada de los muros de Gerona (1).

Con aquellos ingenios o *engeños* (*ginys*) había resurgido la antigua maquinaria catabalística romana desaparecida y olvidada por los españoles y por Europa entera cuando el derrumbamiento del Imperio de Roma, a cuya tradición militar fieles siempre los catalanes, retornan en el siglo XII al uso de las máquinas de guerra que conocieron, bajo Ramón Berenguer III *el Grande*, aliados a los pisanos importadores de ellas en la primera conquista de Mallorca, donde se emplearon con éxito tal que, propagado su conocimiento entre los nuestros, pudieron tres años después utilizarlas con gran provecho los aragoneses del rey Alfonso *el Batallador* en la toma de Zaragoza.

No decayó en el sucesivo curso de tiempo, hasta el advenimiento de la artillería de fuego, la aplicación en las operaciones de guerra obsidional de la artillería hoy denominada científicamente neurótona o neurobalística (obrando por destorsión reactiva de nervios o cuerdas retorcidas) y siderótona (por flexión de muelles de acero) referida a las máquinas de tiro que juntamente con las de acceso o aproche (apropincua-ción o acercamiento, en términos más propios aunque arcaí-

(1) "Mas en Ramon Folch qui coneix aço, feu fer entorn lo mur sus alt, a moltes parts, hun giny que hom appella *llebreres*, ço es huna gran biga, a cada çap huna mola de pedra, de mola rodona. E puix carrega hom be la biga de pedres per tal que haga gran fexuguea. E quant aquests ginys foren fets e les scales de fora, ordenaren los Ffrancesos que donassen batalla e que muntassen per les schales.

"E quant n agueren pujats per les schales de trecent cinquanta fins en quatrecent e foren al mig lloch, En Ramon Folch feu tocar l anafil e los de lladins van gitar les *llebreres* damunt dites per les scales avall, de tal virtut que tots quants n i eren pujats, tots ne anaren en terra, qui ab la cuxa, qui ab la cama, qui ab lo cos, qui ab lo bras specegat, que hanch nengu non scapa sancer, que tots mala hi pujaren, que hanch pus no ls pres desig de scales a pujar né a fer." BERNAT DESCLOT, *Crònica* (cap. CLXIV).

cos) y con las demoleadoras de choque o penetración, sumaban el complejo material de sitio (*artilleries*), el manejo del cual, tanto como su construcción, pedía cálculo y experiencia, propiedades no ajenas a la reflexiva madurez y prontitud comprensiva de los catalanes que, expertos *attillatores*, conocieron los diversos dispositivos de aquellos mecanismos ofensivos y defensivos y se asimilaron las enseñanzas prácticas de su incesante perfeccionamiento venidas de las Cruzadas.

La divulgación del maquinismo bélico había robustecido el poder y la autoridad de la realeza al dotarla de un arma eficaz y de fácil dominación contra las rebeldías e insolencias de la nobleza creída hasta entonces poco menos que invulnerable en sus inaccesibles castillos roqueros. Muy importante bajo el aspecto social este accidental empleo de las máquinas artilleras, lo fué indudablemente más bajo el militar, su natural destino en la guerra, objeto primordial de su antiquísima invención. Así Jaime I y sus dos próximos parientes, como él soldados por vocación, luchadores contra el Islam hasta vencer o morir y monarcas ambos gloriosa y coetáneamente reinantes en Francia y en Castilla, Santos Luis y Fernando, respectivamente, se beneficiaron a porfía de este renacimiento balístico en las campañas de Cruzada y Reconquista a base de operaciones de ataque de plazas por ellos directamente planeadas y conducidas con arriesgadas intervenciones personales en sus numerosos hechos de armas. El senescal sire de Joinville, el ingenuo historiador de la vida de San Luis (1) y su inseparable familiar en la malaventurada empresa de Egipto, especifica el juego de dieciocho máquinas emplazadas para forzar el paso del Nilo. Más dichosa la cruzada española de San Fernando en el Guadalquivir, señala en el sitio y toma de Sevilla un brillante avance poliorcético por el número y diversidad de las máquinas y aparatos arrojadizos del fuego griego y por la original cooperación táctica de las galeras de Bonifaz, improvisados arietes rompedores del puente de Triana (2). Nuestro rey Jaime, si no en el altar, ha sido merecedor en todo corazón de cristiano y de patriota del culto de que es objeto por la Historia a la cual, actor y narrador de las propias grandes gestas en adelantamiento de la Cristianidad que le otorga el justo renombre de Conquistador, enriqueció con el legado precioso de un texto autobiográfico (3) del género clásico de los de Jenofonte y Julio César, escrito sin preocupación de apología que pudiera comprometer la veracidad de los hechos. En aquella su Crónica o Comentario, autén-

(1) *Des saintes paroles et des bons fai nostre roi saint Loois*. (1309.)

(2) *Crónica general de España* (fol. 428).

(3) *Llibre que feu el Rey en Jacme... de tots los feyts e de les gracies que nostre Senyor li feu en la sua vida*.

tico museo del arte de la guerra de la época, menudean, entre las continuas enumeraciones de armas y armaduras, las referencias técnicas de toda especie de ingenios copiosamente nombrados en los pasajes relativos a operaciones de sitio por las que demuestra el regio narrador una decidida predilección que le mueve, bajo los disparos del enemigo, a dirigir en persona y con certera puntería (1), vestida la malla y *capell de ferre al cap*, la maniobra y el tiro de las máquinas construídas o proyectadas por su maestre de las artillerías (*ingeniarius domini regis*), el italiano Nicoloso d'Albenguena, constante compañero en numerosas empresas expugnatorias del rey siempre obediente por su parte al consejo de su leal y experimentado asesor.

No creo pertinente en el limitado espacio de esta disertación el deteneros con la atención requerida ante cada una de las interesantes piezas de aquel ópimo museo o armería histórica que resume y representa militarmente todo el siglo de Jaime I, atención por muchos conceptos inútil, toda vez que el examen de ellas realizado reposada y profundamente en los estudios de los incansables investigadores que más han apurado la materia, especialmente en lo tocante a las máquinas de guerra, no ha conseguido acordarles en la definición precisa de éstas, mencionadas rápidamente por los historiadores sin pararse a describirlas, acaso por de sobra conocidas de ellos, que en sus textos de diferentes épocas les aplican nombres peregrinos y diversos que nos inducen a presumir diversidad en un mismo y determinado aparato. Las caprichosas denominaciones de los ingenios medievales, simple transformación de la tormentaria de la antigüedad, no parecen tener otro fundamento que la imitación de las aplicadas por los romanos en la nomenclatura de sus piezas, singularmente de aquellas designadas como la *gossa*, la *gata*, la *cabreta*, con nombres zoológicos generalizados en la tormentaria clásica, verbigracia: *aries*, *cuniculus*, *corvus*, *lupus*, *musculus*, *onager*, *scorpio*, *testudo*, etc., imitación que hemos de notar también en el vocabulario de la primitiva artillería pirobalística que distingue sus bocas de fuego ya con nombres de reptiles (áspid, basilisco, culebrina, dragón, dragoncillo, serpentina), ya de accípitres (falcón, falconete, esmerejón, gerifalte, sacre, etc.).

Reducibles, empero, los ingenios y artificios a los tres grupos antes señalados y asimilables dentro de cada uno, no obstante la variedad de sus denominaciones y formas, a la unidad del

(1) "E en tant faem lo fenevol tant a enant que poc aconseguir en la brigola, e tira la primera pedra lo maestre del fenevol e crra la brigola, e nos anam pendre lo fenevol, e tiram e donam tal en aquela brigola que la caxa li obrim: e d' aquel treyt a enant no se n pogren ajudar." *Crónica* (§ 462).

tipo genérico primitivo, pueden razonablemente presentarse clasificados en otras tantas sinopsis.

Inclusos en la primera consideramos los ingenios de proyección o tiro, bien aquellos de tensión de resorte elástico o muelle del género *balista* o acaso *catapulta*, arco enorme a templar mediante juego de ruedas y engranajes, aparatos de disparo rasante u horizontal; bien los de contrapeso (*caixa*), oscilatorios o de báscula del tipo *fundibalo*, honda gigantesca por desmesurado acrecentamiento del brazo de palanca que despiende por elevación sus proyectiles en trayectoria curvilínea o parabólica; o bien todavía los de tensión o neurótonos a modo del *onagro* arrojadizo de profusión de piedras con una cuchara o palanca estivada con haces de nervios hilados, tendones e intestinos de animales, cabellos de mujer (*capillo maxime muliebri*), cuerdas de cáñamo o crines retorcidos por la acción del torno. Derivados de la *balista* son el ballestón (*ballesta de torn*), la pedrera o pedrero (*petraria*), la mangana (*manganell* o *almanganell*), el almajaneque (*almajanech*, del árabe *al-manjanik*), entre los más conocidos, así como del *fundibalo* son principalmente descendientes el *fonévol*, el trabuco (bajo latín *trabuchum*) o *trabuquet* catalán y *trébuchet* francés (bajo latín *trebuchetum*), la brigola o bricola, citada también por la Crónica de Pedro el Ceremonioso, la libra o librería, semejante al fustibalo de Vegecio, la gucia (*gossa*), *gunna* en Du-Cange, expresamente prohibida en el Usage *De magnatibus* y en la ley de Jaime el Conquistador, la *cabreta* o cabrita, máquina mayor y peregrina, según el dicho de Zurita (1), empleada en el cerco de Balaguer contra Jaime de Urgel y dos siglos antes en la defensa de Calatrava atacada por la hueste cristiana marchando hacia Las Navas, el garrote y finalmente la algarra o alcarrada (árabe *al-arradah*), posible origen de la renovación catabalística de la Edad Media, pieza favorita de sarracenos en Siria y en Egipto, copiada por bizantinos e italianos sus introductores en Occidente, a la vez que los moros lo eran en España, donde contrataben y dañan con ella, desde sus murallas; los ingenios de Jaime I, sitiador de Mallorca y de Burriana, y los de San Fernando en el ataque al arrabal de Triana.

En la segunda agrupación sinóptica de los ingenios están comprendidos aquellos artificios y aparatos destinados en general a salvar los obstáculos de los recintos fortificados sin batirlos previamente, sea mediante dispositivos del género *tor-tuga* (*testudo*), artificios tectorios de acceso contra el muro enemigo, sea por medio de elevadas construcciones móviles de aproche, dominación y asalto del mismo, máquinas del tipo

(1) *Anales de Aragón* (ed. Lanaja), lib. XII, rúbr. XXVII, fol. 94 v.º

genérico de la *helépolá*. Del primer género son aquellas galerías o barracones cubiertos de pieles y zarzas (*clede*s) sobrepuestos a la trinchera (*cava*) a la manera de la viña (*vineá*) romana, o aquellos simples abrigos locomóviles, mantas, manteles y manteletes protectores individualmente o en pequeño grupo de atacantes y minadores, o las gatas (b. lat. *cata* y en ant. franc. *kas*, *chas*) cubridoras de los arietes, acaso el *músculo* romano, según creencia de Viollet-le-Duc (1). Del tipo de la *helépolá* son muy de notar, en atención a la frecuencia de su uso atestiguada en crónicas y documentos, las torres rodadas (*castells de fust* y *cadafals*), bastidas móviles de acercamiento y poderosos instrumentos de ataque, cuyo oficio, idéntico al del *caballero* o plaza alta, era despejar por dominación el muro atacado y dar lugar a la subida de los escaladores o, con ayuda de un puente que caía sobre el adarve, facilitar el asalto a los hombres alojados y escudados en los pisos (*solers*) de la torre.

El peso considerable de estas moles requería, para su acercamiento progresivo a la muralla, terraplenar primero y rellenar el foso para hacerlo viable, y aparejar luego un mecanismo de tracción funicular, combinación complicada de cablestantes, motonería y jarcía, operaciones ambas difíciles y arriesgadas, cuyos pormenores de ejecución práctica hallamos consignados en los párrafos de la Crónica del Conquistador en que se nos representa presidiendo la faena de halar los cables, salomando él mismo al reiterado grito de *¡ayoç!* al cual van sus hombres respondiendo a la par que mueven acompasadamente hacia Burriana su *castell de fust* que nos describe dotado de dos *solers*: uno en la mitad (*en la mijanía del castell*) y otro en lo alto guarnecido por igual de ballesteros y apedreadores. El castillo de proporciones casi inverosímiles que aparece descrito dos siglos después en el *Dietario* (2) del capellán de Alfonso *el Magnánimo*, revelaría una extraordinaria competencia en sus ingenieros o constructores.

La tercera sinopsis de máquinas tormentarias abarca las demoleedoras por choque o perforación del tipo ariete, el *aries* romano, ingenio que ha tomado a través de la Edad Media nombres varios no debidos a diversidad de su sencilla e invariable estructura, más a causa de la diferente disposición de sus aparatos cubridores: testudos, manteletes, gatas, torres, etc., protectores de la maniobra de acceso para batir los muros en brecha. Fueron por consiguiente máquinas arietarias: el *cáncer* (*cranc*), la *carcamusa*, el *precipitario* (*precipitarius*) y el *bozón*, *bezón* o *buzón*, el catalán *buçó* o *burçó* (del germánico

(1) *Architecture Militaire*, pág. 29.

(2) (Fol. 68, pág. 140. *De les arteleries que portava lo senyor rey en les naus e galeres de Catalunya.*)

bôzen), de donde el verbo *aburçonar* (atacar, demoler a golpe de *burçó*). El provenzal dijo *bosson*, *bonson* y supo en un solo verso representar adjetivamente las características de esta máquina:

“A la santa Pasca es los *bossos* tendutz
Que s be loncz e ferratz e adreitz et agutz” (1).

De más detallada descripción fué objeto también en la prosa de Jaime I, narratoria del movimiento sedicioso de los cónsules de Montpellier, que “havien feyt .j. *buçó* e una pertxa que li havien ferrat al cap primer, e anels que havia de ça e de la on se tinguessen les cordes, ab que derrocassen les cases d'en Atbran...”

Los ingenios de tiro, puestos en batería, disparaban no solamente grandes piedras, mas también *plomadas*, balas rasas de hierro, plomo, etc., y proyectiles incendiarios o diversamente dañosos, como vasijas frágiles de vidrio o barro cocido cargadas de cal viva, de aceite o pez hirviente, de metales derretidos, etc., además de lanzar barras de hierro candentes y asimismo materias en putrefacción para, anticipándose a nuestros actuales gases de combate, emponzoñar o hacer irrespirable el aire ambiente. De tales medios agresivos sufrió cruelmente la flota catalana derrotada por la genovesa en aguas de Ponza sobre la costa de Terracina, ocasión en que juntamente con el de Navarra fué hecho prisionero el rey Magnánimo, cuyo capellán relata (2) el estrago causado en las cubiertas de sus batidas naves al estallar de los terrazos de cal (*olles de calç*), efectos terribles de aquellos procedimientos acusados en nuestra literatura medieval (3).

Entre los proyectiles de la tormentaria romana resucitados en los siglos medios, es de recordar la *falarica*, cohete incendiario a la vez que el *malleolus*, saeta fusiforme emborrada de combustibles, parecida a una rueca, utilizado con éxito, según veremos, en el sitio de la torre de Museros por Jaime I, que lo describe con su preciso léxico y dominio tecnológico militar al decir “nos faem fer segetes en semblança de filoses, e metia hom dins estopa ab foch encès e tiraven les los balestés a aquels orons plens de terra e enceneren se.”

La precedente y fugaz conquista pisano-catalana de Ramón Berenguer III había tenido su cantor poemático en el veronés Lorenzo, mas la felizmente definitiva de Jaime I, que dotaba a la ribera catalana del reducto avanzado de la balear mayor,

(1) Canción de la cruzada contra los Albigeses, antes citada.

(2) *Dietario*, págs. 151-2.

(3) EIXIMENIÇ, *Regiment de Princesps*, c. 336; *Tirant lo Blanch* (ed. Aguiló, vol. II, pág. 307), y otros muchos.

ha quedado perpetuada en la prosa convincente y sincera de su propia Crónica, completada medio siglo después por la de Desclot, rica como la de Muntaner en detalles no consignados en la primera, a los cuales cabe añadir los que de fuente cierta adquirió más tarde en un viaje a la isla el dominico fray Pedro Marsilio, cronista de Jaime, nieto del Conquistador.

Conocido el temperamento de quien como él no tuvo día ocioso, es imposible imaginarle dormido sobre sus laureles. No apagados los ecos de su triunfo y acuciado por la voluntariosa vigorosidad de sus lozanos veinticuatro años, comienza en el de 1232 los preparativos para la empresa de Valencia cuya conquista le pertenecía en cumplimiento del antiguo pacto entre Alfonso *el Emperador* y Ramón Berenguer IV, asignando a los sucesores de éste en el reparto de las tierras mahometanas, todás las comprendidas desde el Júcar a Tortosa por Oriente y hasta Denia por Occidente, es decir, la parte extrema de la Andalucía Oriental según la división geopolítica de la España musulmana. La empresa era muy superior en volumen a la de Mallorca, tanto por las mayores y mejor preparadas fuerzas enemigas con fáciles posibilidades de ayuda venida de los demás reinos musulmanes, como por la considerable extensión del territorio objeto de la conquista, a la cual eran en cambio favorables otras circunstancias y en primero y más inmediato término la división interna en el campo enemigo a causa de la rivalidad entre dos de aquellos incomprensibles reyezuelos moros, uno de los cuales, el presunto cristiano, luego bautizado Vicente, Ceid Abu-Zeya, destronado por el reinante Ben-Zeyan, ofrece contra éste el auxilio de su colaboradora venganza. Circunstancias propicias anteriores eran la posesión de las Baleares y el éxito triunfal de Las Navas, con las consecuentes ventajas del dominio del mar — garantía contra agresiones africanas por aquel lado — y de la progresiva debilitación del poderío sarracénico, menos temible cada día después de aquel tan fatal para el prestigio de sus armas.

Los recursos financieros, este nervio de la guerra en todos los tiempos y en todas las latitudes, quedaban asegurados una vez conseguido de los aragoneses el quinto de sus bienes y de los catalanes el impuesto del *bovatge* (*bovaticum*), de cuantiosos rendimientos. Por otra parte, imprimió a la guerra el carácter de Cruzada la concesión por el papa Gregorio IX de las gracias anejas a ella, cuya insignia tomó el rey con sus ricos hombres al ser publicada en Monzón, donde son más tarde (1236) convocadas las Cortes en que probablemente se votaron los subsidios aragoneses para aquellas operaciones que se suceden, escalonadas durante seis años a partir del de 1232, en campañas entrecortadas y entorpecidas por hechos políticos diversos, como fueron los movimientos sediciosos en el ejér-

cito provocados por los indóciles nobles y los concejos de Aragón, las inquietudes suscitadas en Cataluña por los pretendientes a la sucesión del condado de Urgel en el antedicho año de 1236 y la celebración en el precedente de las bodas reales con Violante de Hungría, preferida por ser hija de rey a la del duque de Austria.

En el desarrollo sistemático de la guerra señalánsé, como hechos sobresalientes que jalonan su directriz de marcha, las tomas conjuntas de Morella y Ares, la de Burriana (1233) y la del Puig de Cebolla o de Enesa (1237), decisiva ésta para ocasionar el año siguiente la caída de Valencia en poder del Conquistador.

Éste, alcanzado el primero de aquellos objetivos intermedarios, jalón y puerta de entrada en el reino moro, concentra en Teruel el ejército o más bien la entonces habitual aglomeración de contingentes feudales, episcopales y concejiles, reforzados por los almogávares y la caballería de los maestros del Hospital y del Temple, de Uclés y de Calatrava, y, en seguimiento todos de la casa militar y mesnada del rey, bajan a la plana marchando por la cuenca del Palancia, talando los términos de las etapas Jérica, Viver y Torres Torres, y llegando a través del valle de Sagunto, mediado mayo, frente a Burriana inmediatamente sitiada y atacada con un fenévol y un manganel de mayor eficacia que el inútil y costoso *castell de fust*, obra del italiano Nicholoso, del que hice mención más arriba. La plaza, alcázar dominante de aquellas llanuras, se rendía a los dos meses de porfiado sitio y quedaba aislada y presa entre ella y la frontera catalana una extensa zona poblada de castillos y villas, entre ellos Peñíscola, Cervera, Xibert, las Cuevas de Vinromá (Abin-Roma), Alcalatén, Borriol, Almazora, etc., lugares amenazados de ser tomados de revés en sucesivos ataques dorsales y obligados uno tras otro a someterse una vez cortadas sus comunicaciones con la ciudad ganada según las previsiones del plan real de la conquista, basadas en el juego de los recursos de la política entrelazados con los de la estrategia y la fortificación y cumplidas exactamente en esta parte al ser conseguido el segundo gran objetivo de la guerra y jalón de su gradado camino.

Continúase éste siguiendo la línea de marcha y de operaciones hacia mediodía cubierto siempre el flanco izquierdo por la marina, línea segura de aprovisionamiento con bases en Cataluña, de donde provienen vituallas y pertrechos cargados en sus galeras y leños armados, costeando a la altura del ejército. En 1235 parte el rey de Burriana en atrevida algarada o *raid*, que diríamos hoy, y penetra, segunda vez, vadeado el Turia, hasta la ribera del Júcar, con ánimo de envolver y ateznar a Valencia por sitio y toma de Cullera, habiendo traído

al efecto por mar hasta el Grao de esta villa dos fenévoles, que, elegido por el propio rey el lugar para su emplazamiento, hubo de sufrir, fallido el intento de su empleo, el malogro de la operación misma por la falta en aquel llano de piedras “que en ribera de Xucar no n’avia gens”, dice la Cronica. “Cosas pequeñas — observa el P. Mariana, refiriendo el hecho — en las guerras tienen grande vez y son de mucha importancia.”

Al retirarse del frustrado cerco, posible ocasión de mengua del prestigio real ante moros y cristianos, decide Jaime, acampado en Silla, repasar el Turia y apoderarse en desquite de alguna de las torres o atalayas “en semblança d’uyl d’home, car aqueles torres guarden a Valencia de pendre mal moltes vegades que’l pendria”. Empezó, pues, el sitio de la torre de Montcada, “que es de les meylors torres de tota la orta” y que, batida sin cesar por los tiros del fenévol que fué en persona a buscar a Burriana, se rindió al quinto dia, valiendo al rey el despojo y los cautivos, en número de más de un millar, la suma de cien mil besantes. Derrocada la torre por no poder conservarla, pasa a atacar su pareja de Museros con el mismo fenévol, al cual oponen los defensores unos cestones (*orons*) llenos de tierra que arden presto por efecto de aquellas saetas incendiarias con anterioridad mencionadas, en vista de lo cual ríndese desalentada la guarnición de sesenta sarracenos canjeados, a ruego de Guillem Saguardia, por su sobrino Guillem d’Aguiló, prisionero en Valencia.

Las incidencias políticas obligaban con frecuencia al rey a prolongadas ausencias del teatro de la guerra que languidecía entonces degenerada en un juego lento y cruel de algaras sin resultados útiles, amenazando prolongarla indefinidamente. No podía avenirse a ello la voluntad real de proseguir el avance y dar fin a su plan de guerra con la conquista de la ciudad y todo aquel reino de Valencia hasta su límite de Játiva. A tal objeto es ocupado en la primavera de 1237 el Puig de Cebolla, tercer jalón del camino de la ansiada victoria, formidable posición a dos leguas de Valencia y a media del mar, de la cual habían previamente evacuado y arrasado su bien obrado castillo los moros temerosos de que los cristianos se reparasen allí con grave peligro para la seguridad de la capital. Apesadumbrado por tal contratiempo el rey, a la sazón en Teruel, reacciona vivamente y dispone la fabricación de veinte pares de tapiales que conduce con su hueste reforzada al Puig, donde, con la prestación personal de todos y a vista del enemigo, levanta en dos meses y guarnece poderosamente un nuevo castillo de hormazos y piedra, magnífico alarde de rapidez edificativa acaso no igualado en los fastos de la fortificación permanente.

La construcción de las fortalezas obedecía ya en sus perfeccionamientos a los progresos de la arquitectura militar,

aunque no siempre lo hiciera como esta vez a los preceptos de la geoestrategia, ni de la táctica ni de la política de guerra, aconsejadores en cada caso de una meditada y regulada disposición defensiva adaptada a la inmutable estrategia del terreno en lugar de la caprichosa y enrevesada distribución sobre el mismo de buen número de aquellas obras hijas de rivalidades y rebeldías facciosas y de antemano condenadas por innecesarias a ser abandonadas a la acción destructura de los siglos o a su prematura demolición.

Nuestras fortificaciones medievales no eran en realidad más que copias de las antiguas que habían padecido la destrucción infligida a toda obra de arte por los invasores bárbaros. Reedificadas sobre los cimientos de las romanas, conservan siempre los órganos y caracteres de éstas: espesor enorme de las murallas de elevadísimo perfil para juntamente resistir la terrible percusión del ariete e imposibilitar el asalto por escalada, a la vez que comunicar la máxima velocidad de caída por la aceleración de la fuerza de gravedad a los proyectiles de gran peso arrojados desde las alturas del muro y de las torres de considerable relieve que lo flanquean. Se distinguen con todo del modelo romano a causa de la introducción, a fines del siglo xi, de nuevos elementos de importancia, principalmente el parapeto (*apitrador*), con sus almenas (*dentells*, *merlets*, *murets*, *murons*, etc.), y sus troneras sobre el adarve, favoreciendo la ejecución del tiro recto u horizontal de las máquinas en operaciones de defensa a distancia y también los matacanes o ladroneras (*cans*), dispositivo importado de Oriente por los Cruzados, adecuado para el tiro subvertical de la defensa inmediata, voladizo sostenido por ménsulas sobre el muro como las garitas (b. lat. *escaraguaita*), construcciones muy vistosas en los salientes, perforadas de saeteras (*arqueres*, *balletes*, *sageteres*, etc.). La añadidura o adaptación al recinto de obras exteriores, complican más y más la estructuración primitiva, en tiempo posterior reforzada, entre otras, por las torres albaranas y las barbacanas, gruesas torres estas últimas más bajas y religadas a la muralla principal por un doble muro a forma de caponera y cubriendo puertas de plazas, de cuya disposición nos dan perfecta cuenta muchos documentos anteriores y posteriores al siglo xiii (1), entrado el cual desfiguróse más la fisonomía primera de las fortalezas por el adjunto de defensas accesorias: sarracinescas o rastrillos (*rastells*),

(1) “... volem se faça una *barbacana* davant la porta de la vila que mira al Capcorral, junta ben pegada a la muralla, tant que un cavall se puxa contornar e girar be dedins, la qual a la porta de la muralla desviada. xij. o.xv. pases se faran dues torretes redones buydes dedins...” (Orden expedida en Igualada, a 23 de febrero de 1464, por el Condestable de Portugal, titulado rey Pedro V, al capitán de la villa de Cervera.)

palenques, lizas (b. lat. *licia*) y las buhardas, bubardas o buheras (cat. *verdesques*, del b. lat. *brestachia*, en italiano *bertesca* y en francés *bretèche*), superestructuras de madera bajo techumbre de fagina de ramaje o leña, erigidas sobre el almenaje para protección de los defensores contra los tiros enemigos. El catalán formó el verbo *verdescar* o *enverdescar* (ant. franc. *bretescher*; ital. *bertescare*) cubrir, dotar de *verdesca* (1).

El castillo del Puig quedó, a partir de su reconstrucción, convertido en el eje fronterizo de operaciones confiado al mando de don Bernardo Guillem d'Entença, tío carnal del rey.

Contra él desata su rabioso despecho Ben-Zeyan, que, envalentonado con la ida del rey, cree propicia la hora para vengarse y recuperar la perdida fortaleza, verdadera espada de Damocles suspendida sobre la cabecera de sus mermados dominios amagados de inmediata ruina. Había el reyezuelo juntado un numeroso ejército compuesto de unos seiscientos caballeros y de cuarenta mil peones, frente a los cuales, antes que dejarse acorrallar en el castillo, prefiere la guarnición salir a combatir al campo, trabándose la memorable y reñida batalla que a la invocación a voz en cuello repetida de Santa María, después de rechazados por dos veces con riesgo de inminente perdición, consiguen los cristianos ganar rompiendo al fin el frente sarraceno "e aquí's comença de vençre la batayla, e dura la vençuda tro al Riu sech que es entre Foyos e Valencia". Relata la Crónica a continuación la muerte de muchos enemigos heridos de espanto "ferits de sglay" y de otros "que no havien nengun colp". A estos tan extraordinarios casos añádesse por algunos el del milagroso auxilio de San Jorge, aparecido ya a los cristianos en figura de "cavaller blanch ab armes blanques" cuando el asalto de Mallorca, supuestos prodigios todos ellos, a semejanza de los consabidos del mismo género con que se han pretendido explicar cosas al parecer maravillosas por desconocimiento de sus verdaderas causas. El milagro del Puig se repite en todas las batallas pasadas y se repetirá en las venideras si a la masa brutal, confusa y tumultuosa, se opone una tropa, aunque pequeña, ordenada y ágil, consistente y disciplinada bajo el caudillaje de un jefe experto de la calidad de Bernardo Guillem d'Entença, que supo, con su valor y experiencia de la guerra, demostrar en aquellas difíciles circunstancias la superioridad del espíritu frente al número, verdad condensada en la sentencia luliana: "...més

(1) "E axi fiu tot hom guarnir, e fiu estar oberts los postichs de la barbacana, que eren totes les barbàcanes *enverdescades*, per ço que poguessem acorrer lla hon major ops nos fos." MUNTANER, *Crònica* (cap. CCXXVII).

batayles son vençudes per maestría e per seny que per multitut de gents, ni de guarniments, ni de cavaylers" (1).

La resonante victoria no halló eco en el espíritu sin entusiasmo de los vasallos del rey, mal comprendido y peor servido siempre por la fatigada obediencia de los nobles, reacios al acatamiento debido cuando no en abierta insurrección y más que nunca dispuestos a seguir atendiendo las mezquinas inspiraciones de la envidia de ese abad infante Fernando, constantemente atravesado en el paso de su augusto sobrino a quien pretende ahora hacer desistir de su grandiosa empresa, cuando más próximos parecen sus previstos y venturosos resultados. A tan torcida intención responde Jaime con el solemne juramento de no abandonar la fortaleza del Puig ni de alejarse más allá del Ebro ni de Teruel hasta conseguir la posesión de Valencia y del reino entero, llamando a la vez a su lado, como señal de prendamiento de la palabra dada y para hacerlas partícipes de sus propios riesgos, a la reina su consorte y a la niña Violante, hija de ambos. Efecto inmediato de la declaración real en las tierras aledañas más o menos afectas a Abuzeya fueron las sumisiones de Almenara, Uxó, Nules, Castro y Alfandech, de cuyos cinco castillos siguen el ejemplo los de Paterna, Bétera y Bulla después de pasada la Pascua de aquel año de 1238, día fijado para la concentración en el Puig del ejército sitiador de Valencia, hacia donde, sin aguardar el término de aquella operación preliminar, se encamina impaciente el rey seguido de las solas fuerzas de su mesnada que podían ser hasta ciento cuarenta caballeros de linaje, ciento cincuenta almogávares y un millar de hombres a pie.

Con esta reducida tropa se atendala entre el Grao y Valencia para el siguiente día ocupar a Ruzafa en socorro de los sirvientes y la almogavería audazmente adelantados a iniciación propia y llegados a acampar a dos tiros de ballesta de la ciudad. Allí van concurriendo con sus contingentes hasta alcanzar a las cifras de mil caballeros y sesenta mil sirvientes de armas y peones, los ricoshomes, los maestros de las órdenes, el Arzobispo de Narbona, Pedro Arnyel, muy sabido en arte militar, numerosos obispos de Cataluña y Aragón, multitud de gentes extranjeras que se habían cruzado para la expedición, nobles y aventureros, comunidades, concejos y ciudades cuyas albergadas fueron estableciéndose sobre el contorno de la plaza contrávalada acercándose más a ella a medida de su arribo, quedando las de Barcelona las más próximas a la muralla. El campo, improvisada cosmópolis emplazada en la más bella tierra imaginable y en la mejor estación del año, provisto con abundancia de cuanto constituye el

(1) *Libre del orde de cavayleria* (Sizena part.)

regalo de las ciudades, abastecido por las galeras barcelonesas y guarnecido por la flor de los guerreros de la Cristiandad regidos por uno de sus más estrenuos príncipes, va a ser la arena del combate definitivo de la Reconquista catalano-aragonesa. Para conseguir el término de la total de España, habrán de pasar dos siglos y medio, largo plazo no comprensible sino por la debilidad, la anarquía y la desunión de los otros reinos cristianos.

Es vana la resistencia de la ciudad sitiada y batida por los ingenios de tiro — un trabuco y dos fenévoles — y los artificios incendiarios, como es inútil el auxilio intentado por la escuadra del rey de Túnez y como lo fué anteriormente la defensa de Silla, rendida a los ocho días de atacada con uno de aquellos fenévoles, completándose allí el envolvimiento estratégico asegurador del cerco táctico de Valencia. La suerte de la ciudad del Turia estaba echada y contadas las horas de aquel reino moro en ágoniosa supervivencia todavía, por su extremadura del Júcar a Murcia, hasta la entera ocupación de Játiva quince años después de la sanmiguelada de 1238, fecha de la estocada mortal que le asesta el victorioso Jaime al posesionarse de su capital. Tuvo, no obstante, que centellear aún vengativa la tizona del Conquistador contra los sometidos en castigo de su rebelión reprimida y terminada con la expulsión (1256) de cien mil sectarios musulimes del reino, repoblado después por vastos núcleos de cristianos, catalanes los más de Gerona, Tarragona y Tortosa.

Tan radical medida, por despiadada que pueda parecer hoy, se había hecho inaplazable y hubo de volver a serlo, pasados tres siglos, cuando los descendientes de aquella raza inadaptada y en latente rebeldía, perturbadora continua de la paz social-religiosa de la población dimidiada de cristianos y moriscos del reino valentino, obligaron a su gobernador y arzobispo, el beato patriarca Juan de Ribera, a la repetición del draconiano proceder del rey. Este, no fatigado su brío, se aplica a domñar y conquistar realmente el opulento reino de Murcia (1266), sublevado y desprendido del señorío del rey de Castilla, su yerno, a quien — caso no repetido en la Historia — lo devuelve sin otra recompensa que el honor de la conquista confirmatoria del glorioso dictado vinculado a su nombre a partir de la de Mallorca.

Remedo de uno de los incumplidos y más quiméricos proyectos imperialistas de aquel yerno Alfonso, el rey sabio y astrónomo, hemos de considerar la expedición o *passatge d'Ultramar* del suegro en su intento de Cruzada a Palestina, descabellado plan *ab initio* desbaratado al embate de la borrasca que providencialmente dispersó su armada, librándola segura-

mente de males mayores cual los experimentados en las fracasadas análogas empresas de San Luis, comprensibles en un rey de Francia, pero completamente absurdas en príncipes cristianos de la Península, que, luciéndoles insultante la media luna en sus propias fronteras, fueran tan lejos a su encuentro. Una tan desdichada idea (1), así como la impolítica repartición entre sus hijos de los Estados de Cataluña y de Aragón, censurable error cometido ciertamente también por los otros soberanos del tipo patrimonial de la época, origen de los luctuosos trastornos fratricidas acaecidos en las dos generaciones sucesoras, y asimismo la manifiesta impericia diplomática al ceder al santo rey francés por el tratado de Corbeil (1258) sus derechos seculares sobre la Provenza y los condados pirenaicos, en virtud de lo cual, plenamente realizado el antiguo pensamiento de Meroveo y de Carlomagno, quedó nuestra Confederación aislada del mundo de los asuntos europeos, sería un cúmulo tal de desaciertos motivo de juicio poco halagüeño a no redimir al rey de esas debilidades la fortaleza infrangible de su condición militar, la primera en aquellos rudos tiempos para regir los pueblos con la severidad y energía requeridas para organizarlos y disciplinarlos, funciones ambas de buen gobierno ejercidas por Jaime con afortunado acierto en la difícil prueba de prudencia y de justicia que fué su largo reinado a cuyos dos grandes objetivos: extirpación del mahometismo y avasallamiento de la oligarquía nobiliaria, atendió siempre incansable con firme tranquilidad y decisión segura su templado espíritu de soldado.

Soldado lo fué hasta la médula, en el pensamiento tanto como en la acción. Conoció a la letra las virtudes no menos que las flaquezas y necesidades del hombre de guerra y supo como ninguno la manera de estimular aquéllas y de remediar estas otras. Poseyó en los lances apretados del combate el don de encender el valor y hacerse seguir de la gente a su imperativa llamada de mágico efecto moral: "¡Via barons en nom de Déu!", tal como, dos siglos después, Juana, la doncella guerrera de Orleans, arrastraba con el propio ejemplo a sus caballeros contagiados del vértigo de la acción al grito fascinante: "En avant, ¡tout est vôtre!". Cuanto al efecto material de avigorar y hacer inabatables sus tropas a la fatiga y a la vigilia, lo consigue celando personal y cuidadosamente, antes que de su propio yantar y refección corporal, del funcionamiento de los servicios de intendencia, no sólo en sus altos cometidos, mas también en el régimen de la tesorería y ordenación regulatriz de los aprovisionamientos o conduchos (*con-*

(1) Véase acerca de esto el documentado estudio de CARRERAS CANDI en su *Miscelánea Histórica Catalana*, serie II, pág. 273 y siguientes.

duyts) y de la acemilería, con la escrupulosidad al detalle de un escribano de ración, menesteres de capital importancia en los ejércitos, pues tienden a dotar de elementos de vida a los elementos de fuerza y a cuyo continuo y no fácil desempeño se dedicarán también, entre correrías a caballo, la previsión y celo infatigables de otra mujer prócera, aquella Isabel nuestra compatriota que será la Reina Católica fundadora de España. Nada ignora ni desdeña el rey tocante a los pormenores del oficio militar: entiende y habla siempre de armas, de arnés y de máquinas, artificios y material de sitio; de formaciones tácticas y de maniobra, de ardides de guerra, celadas y sorpresas; de armarse y de cabalgaduras, de ensillar y de encubertar; de abreviar y dar cebada, de marchar, de forrajear y de albergar o acampar. Nadie le sobrepasa en desvelo y vigilancia en el reposo mismo; en pie al menor rebato, acude presuroso a los fosos (*valls*) y trincheras (*caves*), a la intemperie de las avanzadas a donde manda llevar un *almatrach* o almadraque, su lecho de campaña, sobre el cual se acuesta insomne, deslazado el perpunte y junto a la cabecera el capel de hierro y al alcance de la mano su espada de Monzón “que havia nom tisó, que era molt bona e aventurosa a aquels qui la portaven”. A nadie transfiere tampoco ni la suprema dirección de la guerra ni aun la de las pequeñas operaciones de cada día, especialmente el reconocimiento de las posiciones enemigas y el emplazamiento de los ingenios, pues su privilegiada flexibilidad de atención le permite concentrarla en un vasto proyecto y desparramarla luego en menudencias de ejecución. Todo ello aparece puntualmente relatado en el animado lenguaje que al dictado del apasionado amor a la profesión respiran las páginas de su Crónica, libro pleno de cualidades de vida, de observación y de sinceridad, evangelio de doctrina militar de provechosa enseñanza para los capitanes sus contemporáneos y rico manual arqueológico de armería y de milicia medieval a gran utilidad de los estudiosos de hoy.

Si además de estos sus tan justamente celebrados *Comentarios* hemos de admitir también como obra de Jaime I el *Libre de Saviesa*, breve sentenciario de moral práctica, se anticipa el regio autor en este particular y a distancia de más de medio milenio sobre otro gran príncipe soldado y filósofo, el rey sargento Federico II de Prusia. Excusables son y muy laudables en ambos sus aficiones literarias, de interés más o menos discutible para la historia del pensamiento, pues supieron cultivarlas a la vez que venturosamente conducir con mente elevada y mano firme sus pueblos y sus ejércitos. Es cierto que alguien (1) había pronosticado que los pueblos

(1) PLATÓN, libro V, *De Republica*.

serían felices cuando los filósofos reinaran o los reyes filosofaran, pero tal predicción, sobradamente arcádica, no se realiza, por desgracia, en nuestra Península, si recordamos cómo los reinados de monarcas trovadores y amadores de gentileza o humanistas demasiado descuidados de las armas, no obstante haberlas ensalzado con elocuencia, señalan en la Historia la decadencia de su nación y la desaparición sin pena ni gloria de la dinastía barcelonesa, y cómo en Castilla, las excentricidades políticas hijas de la sabiduría del rey rimador de cantigas y codificador ilusivo de leyes teóricas y de inestable vigencia, llevaron a su país al borde del abismo, peligrosa situación de nuevo atravesada cuando, mecido al compás de la poesía, osciló el solio del pusilánime Juan II durante su largo y estéril reinado, justamente comparado a una continuada minoría con prolongada inacción y aun lamentable retroceso de la Reconquista.

Humanitario preferentemente a humanista, Jaime, arquetipo del caballero cristiano, dejó ya, desde el albor de la juventud, unido su nombre y el blasón real a la obra de Pedro Nolasco y Ramón de Penyafort, e imprime el carácter y otorga las prerrogativas de milicia a la religión mercedaria instituída, juntamente con ambos santos, a los nobilísimos altruistas fines de redimir cautivos en poder de musulmanes. No son éstos, cuando vencidos, menos beneficiados del amparo poderoso del rey que defiende con su justiciera espada y libra de la rapacidad y concupiscencia de sus propios soldados a los sometidos expulsados de Valencia desfilando ante él en la lamentable procesión "e haguem hi a ferir homens per mort, sobre açò cant volien toltre als sarrains robes e emblar algunes sarraines e tosets".

Y ved todavía con el propio pincel del cronista pintados otros rasgos que completan el lineamiento de su figura moral en imágenes vivas de diverso matiz psicológico en cada caso. Bello gesto el suyo de servicial hermandad de armas en el sitio de Burriana donde, después de rechazada una salida nocturna del enemigo, acude solícito a socorrer y curar con diestra mano a Bernardo Guillem d'Entença, herido de saeta en la pierna: "E nos dixem: — Enviem per estopa a la ost, e tragem ne la sageta. E faem ho; e nos mateix tragem la li, e metem de la estopa ab aigua, e faem li ligar la nafra ab .j. tros de camisa de .j. escuder...", añadiendo como apostilla en que hace resaltar la ausencia de los ricos hombres en aquel lugar de peligro: "E anch negun Rich hom no n li vench acorrer si no nos: e vim que el deya: — Valor gran, e sofferim ho."

Simpatía protectora de los seres inofensivos irradió de su corazón compasivo en el momento de levantar aquel campo, al no permitir, por salvar la cría de la golondrina anidada

junto a la caperuza del tendal real, fuera éste abatido hasta "que ella sen fos anada ab sos fiyls, pus en nostra fe era venguda".

No son raras en la gente de guerra ocurrencias anecdóticas de parecido sabor de enternecimiento o de complacencia bondadosa debidas, quizá por natural contraste, a reacciones graciables y suavizadoras de la tendencia a la dureza de alma de que suele adolecer el hombre sometido a un régimen de conducta profesional rigurosamente inflexible y forzosamente inhumano a veces (1). Son asimismo las lágrimas tributo inevitable consecuente a las hondas emociones de los espíritus verdaderamente fuertes que saben llorar como han llorado en las grandes ocasiones los grandes hombres, los de guerra en particular, aunque parezca de admirar con el poeta (2):

"Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiera."

No quiso el rey Jaime ocultar a la posteridad las lágrimas derramadas con varia inflexión del llanto, según confiesa paladinamente, en algunas de las más solemnes circunstancias de su vida por él recordadas y descritas.

Ya en los negros días infantiles del confinamiento en el castillo de Monzón, lloró apenado y gozoso a la vez por la feliz evasión del conde de Provenza, niño también y su compañero de prisión, de quien nos cuenta cómo en el instante de la furtiva separación y despedida "pres comiat de nos ploran ab aquels qui eren venguts per el: e nos ploram ab el per la dolor del partiment, mas playa ns molt per la sua anada".

Juvenil capitán en Mallorca, dice textualmente: "E presem nos a plorar", dominado por la sofocante opresión de dolor casi filial, sabedor de la muerte heroica de los leales hermanos Guillén y Ramón de Montcada, sus consejeros caídos en Porto Pi, pero domina a su vez y disciplina el dolor, replicando al Obispo de Barcelona: "No plorem, que ara no es hora de plorar, mas levem los del camp pus que morts son". Y más, en las exequias del día siguiente, al dar tierra a los cuerpos rotos de ambos héroes, impuesto el homenaje del silencio, mandó trocar el clamoroso duelo en juramento, como vengador desquite a nombre de los muertos, de hacer pagar caramente su pérdida a los infieles con la prosecución tenaz de la guerra: "que nos ab vos e vos ab nos carvenam be la llur mort e que sirvam a nostre Senyor de ço per que hic som venguts...".

(1) "...il se croit obligé d'exercer la charité dans une profession cruelle..." (FLÉCHIER, en la oración fúnebre del mariscal de Turenne.)

(2) LUIS DE GÓNGORA.

cesarianas palabras concisamente pronunciadas y prestamente cumplidas al ser realizada aquella providencial misión y alcanzada la temprana inmortalidad histórica del nombre de Jaime I por obra de su primera conquista.

Terminadas las incidencias de ella, ha de abandonar, pasado un año, la bella y bien ganada isla de la que traspasa los regios poderes al fiel Bernardo Berenguer de Santa Eugenia, y forzado a dejar la muy amada compañía de sus hazafiosos caballeros y nuevos pobladores reunidos en consejo general, conmuévase de nuevo hasta saltarle las lágrimas en este último acto de fraternización con los colaboradores y partícipes de la gloria de sus armas. “E ploram — repite aquí el rey — e els preseren comiat” y transido de pena al verles alejarse de su lado, enmudece “que no podiem parlar per la dolor que haviem...”

Por bien distinto motivo, antítesis de los apuntados, se afligió en la conquista del reino valenciano al verse obligado un día a vencer con lágrimas de agría reconvencción la pérvida insistencia del infante don Fernando y los ricos hombres de Aragón empeñados en descorazonarle y hacerle levantar el sitio de Burriana “e no ns pogrem abstenir que no haguessem a plorar por lo gran mal que vehiem que ns percaçaven... E els que ns veeren plorar prengueren se a plorar ab nos”.

Otra vez, en cambio, llora al contagio del llanto de compunción difícilmente arrancado por él mismo de los apáticos y veleidosos nobles convocados en la recién erigida iglesia de Santa María del Puig para hácerles oír de sus reales labios la declaración de la voluntad indeclinable de dar cima a la empresa de Valencia, expresado su propósito con tan calurosa y persuasivá palabra que “no y hac negu en la esglesia que no s prengues a plorar, e nos ab els”. — *Si vis me flere...*

Rendida al fin la anhelada ciudad, vierte el rey a su vista fervorosas lágrimas de piadosa gratitud, prosternado sobre la tierra salpicada días antes por la sangre de su frente herida al hierro de un cairel a través del capel de sol y del *batut* o casquete de malla preservador de la vida de su dueño que logra tocar, salvado aquel riesgo, el punto de su mayor ventura en aquel grandioso momento histórico cuya memoria queda fijada en la Crónica por las breves frases: “e quan vim nostra senyera sus en la torre, descavalgam del caval e endreçam nos ves orient, e ploram de nostres uyls, e besam la terra per la gran merce que Deus nos havia feyta”. La misma emocionada y lagrimosa escena, relatada también con casi idénticas palabras, se reproduce en el momento de izarse la señera sobre el alcázar de Murcia, en cuya ciudad, una vez cristianizada la mezquita principal bajo la advocación de Santa María, altérase el ánimo del rey, en tal manera que, abrazado

al altar, dícenos "ploram tant fort e tant de cor que per anadura d'una gran milla no ns poguem partir d'aquel plorar ni de l'altar".

Y en los días ya finales de su incesante guerrear, venido al lugar de Algezira (hoy Alcira) para de allí proveer a la subsistencia del infante Pedro y sus tropas, cae gravemente acometido de sus crónicos seniles males y con pleno conocimiento, al recibir "moltes vegades de bisbes, e de prehicadors, e de frares menors" los consuelos sacramentales, llora penitente "ab gran contricció de nostres peccats e ab grans lagremes..."

Estos flébiles desahogos propios de un gran corazón tocado en sus fibras más delicadas, exteriorizan el vivo sentir del alma, recio sentimiento éste, tan diferenciado de la sentimentalidad afectada como es el valor de la valentía. Favorito de la victoria, cupo además al rey Jaime la suerte de no haber de llorar en circunstancias desgraciadas para su corona o para sus armás. No son por tanto comparables sus lágrimas a las amargas de la noche triste de Cortés, en el sobremanera doloroso trance, honrosamente humillante, del héroe batido y sumergido por la oleada de la fuerza bruta, y menos parecidas aún a los lamentos femeniles exhalados por Boabdil *el chiquito* al evacuar su reino, ni a la irrazonada aflicción de Darío llorando por su colosal ejército fatal y naturalmente precedero a cien años, puerilidad comparable a la de su vencedor Alejandro, desolado por no haber más que un mundo para conquistar.

La aversión, innata en el alma del rey, al fingimiento y a la falsía (1), se patentizaba con igual vehemencia en la amargura de su llanto, desahogo de profunda pena, que en la jocundidad de su risa, exultación del gozo íntimo. Viósele, no obstante, junto al muro de Valencia en la coyuntura por poco funesta del ballestazo que hirió su frente, ocultar el incomportable dolor bajo la mueca de afectada jovialidad al retirarse del lugar de la acción, cabalgando sonriente y en sangre la faz, "e veniem rient —escribe— per tal que la host no se n esmayàs..." Sublime el engañoso sonreír del malparado rey, olvidado del sufrimiento propio para compadecer a su gente consternada a la vista del suceso, del cual, en breves días, no repuesto todavía, quiere desvanecer personalmente y de una vez el efecto deprimente, presentándose a caballo ante el frente de banderas de sus acampamentos "...cavalgam per tota la host —añade— per tal que la gent no fos tota desconortada". Los anecdóticos de las vidas de los grandes jefes de la

(1) Entre los siete consejos políticos dados en Tarazona a su yerno Alfonso *el Sabio*, de Castilla, le recomendaba "que no faes justicies amagadament, car no era de Rey que ell faes justicies en sa casa ni amagadament." (*Libre dels fets*, § 498.)

guerra recogen, con justa admiración, ejemplos parecidos de aquel risueño disimulo de la cruenta mortificación por imposición del deber en alivio ajeno, flor de virtud militar, estimada la más generosa por la exquisitez de su doble fragancia de misericordia y renunciamiento de sí propio.

Al tiempo mismo que en el palenque de las armas brillaba con claridad sidérea que nos deslumbra todavía la nombradía de Jaime el Conquistador, en el agitado palenque de las ideas que venían transformando el mundo europeo desde el siglo anterior, lucían con reputación universal y pasaban después a ilustrar el santoral de la Iglesia los nombres de los Raimundos, el mallorquín Lulio y el catalán de Penyafort, unidos al del valenciano Pedro Pasqual, definidores respectivos del pensamiento filosófico, del jurídico y del teológico dogmático concepcionista, cuyos principios constitutivos de la esencia de la civilización occidental defendieron con la pluma en los dominios de nuestra Corona, dentro de la cual se manifestó confirmada en este gran siglo la estrechísima relación ideológica entre el espíritu cristiano y la tradición popular.

Con las campañas y con la vida de Jaime I se cierra el ciclo de las guerras de expansión peninsular de Cataluña como continuación y término definitivo de su Reconquista, extendida por el solo esfuerzo del Conquistador desde el Ebro al Segura y a las islas de la mar catalana. El signo de la Redención y la enseña auripúrpura de Wifredo, inseparables en adelante, han solidarizado los pueblos que cubren con su sombra protectora entre el Carcasés y Murcia, entre el Ribagorza y el archipiélago baleárico, cristianos por la fe y catalanes por el idioma, bello patrimonio racial del que se ufana Muntaner (1) y que acoplado con el reino de Aragón ha de redondear espléndidamente la extensión territorial de la España Unida, cuando pasados doscientos años más de costosa lucha por parte de Castilla, se conseguirá la aniquilación del reino moro de Granada, resistente y peligroso al poderío cristiano a causa del acrecentamiento de su fuerza por incesantes inmigraciones de elementos fugitivos de las tierras reconquistadas.

Entre tanto los catalanes y los aragoneses cuyo progreso en el orden militar ha sido considerable bajo la escuela metódica y precautelada, al mismo tiempo que temeraria y resuelta a la manera personalísima del Conquistador, se aprestan a campañas de mayor radio de acción, preparados y experimentados en las grandes operaciones ofensivas de alto estilo dirigidas contra un enemigo organizado y poderoso que han venido combatiendo desde Las Navas, emulados por la competición y el ejemplo aleccionador de los guerreros de otros reinos, circunstanciales aliados suyos. Animados por estos pro-

(1) *Crónica*, cap. XXIX.

metedores auspicios, van a entrar en la época histórico-militar de las guerras extranjeras y de las expediciones transmarinas a Italia y al norte de Africa, a Grecia y al Asia Menor, en las cuales, con la gloria de sus armas, exaltarán al pináculo de la celebridad política universal a los monarcas de la dinastía de Barcelona, dignos sucesores del más grande de sus reyes al cual había señalado el destino un tan noble papel entre los más calificados de sus iguales.

La compleja personalidad política y guerrera del Conquistador, altísima representación de las monarquías de la Edad Media, parece resumir en sí el recuerdo de los dos Césares, como él historiadores técnicos y críticos de su propia obra militar; el de la antigüedad clásica en los *Comentarios* y el de los tiempos modernos en el *Memorial de Santa Elena*, si bien, más que ambos autócratas favorecido por la Providencia en el bregar de la vida, lo fué también en el de la muerte al guardar a Jaime de sucumbir alevosamente a mano airada como el dictador de Roma, o de perecer como el Capitán del siglo, lentamente consumido en depresivo extrañamiento.

Mirados desde el ángulo de las posiciones que ocupan en orden a su trascendencia histórica, ni los grandes hechos de César decisivos para la civilización romana de Europa, ni los victoriosos de Bonaparte reparadores del régimen tradicional de aquélla subvertido por la vesania revolucionaria, no llevan ventaja a los de nuestro rey Jaime, artífice principalísimo de la Reconquista española a la que debe el mundo cristiano la conservación de su credo confesional, línea rectora de su vida social y de su cultura.

Tampoco los portentosos vuelos de las águilas de Roma y de las imperiales napoleónicas guiadas sobre la amplitud del viejo continente por los dos colosos del arte militar, impiden la comparación con los itinerarios cubiertos por la señora del Conquistador sobre una área, si más reducida, encerrando no menos dificultosos problemas en los teatros de operaciones de su perímetro que pudieron conocer en el Segre y en el Ebro el triunfador de Alesia en persona, y en el país valenciano, siguiendo las huellas del Cid y de Jaime I, los lugartenientes del vencedor de Austerlitz. En la guerra no hay que considerar las fuerzas absolutas y sí sólo la relatividad de las mismas, y por consiguiente la pequeñez del territorio sobre que se opera no resta importancia y mérito al operante si la magnitud de los resultados obtenidos responden a la intensidad del esfuerzo aplicado a un alto fin, independientemente de la extensión superficial de los objetivos perseguidos y de la longitud de los ejes de marcha en los movimientos. Cuando se tiene en cuenta la ubicuidad de la presencia del rey de Aragón y la multiformidad de su actuación, ora en las exte-

nuativas campañas militares, ora en las luchas insidiosas de la liza política, causa sorpresa lo que esta acelerada movilidad supone de continuidad de atención y de capacidad ambulativa prodigadas en incesantes expediciones y cabalgadas, en combates y asedios, marchando y contramarchando al encuentro del enemigo, o acudiendo a las realidades y situaciones más comprometidas a desplegar la siempre despierta actividad cerebral en incidencias de Cortes y Concilios, en intrigas políticas y diplomáticas, en alzamientos y conmociones populares.

Si en lo físico, según describió Desclot (1) la aventajada figura y comprobó modernamente la exhumación del cadáver real, fué Jaime un hombre superdotado por la naturaleza con dos metros de esbelta talla — bien hallada con su grandeza moral en el trono y en la guerra —, dueño de una complexión atlética y armónica, favorecido además con el disfrute de una salud la cual, salvo contadas y leves indisposiciones — una insolación y una oftalmía, que por la Crónica sepamos —, debió ser en verdad robliza, no es muy de extrañar que, beneficiado con tan envidiables cualidades fisiológicas, soportara sin detrimento sensible de su persona las vicisitudes y penalidades de aquella inquieta existencia noblemente vivida afrontando valerosamente los riesgos que le acecharon y las responsabilidades que gravitaron sobre su conciencia de soberano.

La fuerza muscular y la agilidad, naturalmente considerables en aquel privilegiado organismo, se emplearon a fondo en el juego de las armas, en el deporte de la caza y en el continuado ejercicio y dominio del caballo, sobre el cual, sólidamente asentado, semejando un centauro, se mantuvo firme el Rey una buena parte de las horas de su larga vida, llegado al invierno de la cual sabía resistir, sin despegarse de la silla ni falsear el aplomo, una brusca parada de su potro sofrenado tras violenta espolada, demostración de vigor muy celebrada en Lyon por los franceses expertos en la materia de la compañía del senescal Jean de Grailly (2), que juzgaron no tan viejo al regio caballista que no fuera capaz todavía, según expresiva frase de ellos, copiada con su dejo de galicismo en la Crónica, de “doner a un turc una gran lancea”.

Finalmente cedió al agobio de los años la excepcional energía de aquella congénita fortaleza corporal, y conociendo la proximidad de su tránsito, rendido el cuerpo inválido a soportar el peso de las armas y de los achaques de la proyecta edad acibarada a consecuencia de los reveses, prisión y lastimosa inmolación de su hijo don Sancho en la guerra movida por Mohamed de Granada que extendió hasta Valencia el

(1) *Crónica*, cap. XII.

(2) Senescal del Bordelés por el rey Eduardo I de Inglaterra.

insurgente Azedrach, se despoja el rey del arnés de malla que le cubrió sesenta años y — campeón de la fe — se reviste del hábito del Císter (1), celeste armadura para fortalecimiento de su espíritu en la final batalla a *ultrança* que lidió valeroso cual solía las terrenales más reñidas. Muy poco antes, para poner digno término a su carrera de soldado, siempre alerta y previsor, llama al infante Pedro, su hijo y sucesor en la Corona, a quien con sencilla formalidad militar hace entrega del mando de los ejércitos, previniéndole como última consigna de servicio "que faes establir los castells del Regne de Valencia de vianda e d'altres coses e que degués be e enfortidament menar la guerra e senyeladament que gitás tots los moros del dit Regne de Valencia per ço com eren tots traydors..."

Fué expresa voluntad del rey terminantemente manifestada y recogida de sus labios moribundos por el dicho infante, "que ell nos faes portar si morissem a sancta Maria de Poblet hon nos erem ja lexats" y así fué religiosamente cumplida. Estaba no obstante reservado a los siniestros profanadores del santo cenobio el burlar villanamente el voto real y hubieron de sufrir los cansados huesos del Conquistador la póstuma injuria de la plebe en armas, la que, indigna del honor de portarlas y manejarlas, ha demostrado en todo tiempo y lugar y conforme la enjuició la dura y precisa palabra del bizarro gascón mariscal de Montluc (2), no tener ni poder tener jamás otro sentimiento del valor que la sañuda crueldad del asesino, la misma con que han horrorizado recientemente al mundo los sanguinarios cabecillas de las chusmas piráticas de la flota roja, cuya pertinaz y cobarde incapacidad marinera afrentó también a su vez la memoria del Conquistador, tripulando torpemente y reduciendo a vergonzosa inutilidad la poderosa nave acorazada bautizada, por fatal coincidencia, con su glorioso nombre.

Ojalá que por imperativo de la proverbial justicia catalana sea pagada la deuda de honor que las generaciones actuales tenemos pendiente con nuestro sin par monarca y que, en mínimo desagravio expiatorio de aquellos dos enormísimos desafueros perpetrados contra su dignidad histórica, sean los restos venerandos del rey yacentes en la Catedral de Tarragona reintegrados a su electa sepultura de Poblet, monumental y supremo símbolo catalán de la realeza, y que, cual fulgente

(1) "...e vestim nos l'abit de Cistell e ns faem moneg d'aquell orde."
— *Crònica*. (§ 565.)

(2) "Ce qui faict veoir tant de cruautéz inouies aux guerres populaires, c'est que cette canaille de vulgaire s'aguerrit et se gendarme à s'ensanglanter jusques aux coudes et deschiquetter un corps à ses pieds, n'ayant ressentiment d'autre vaillance..." (*Commentaires*, III, 109.)

recuerdo epigráfico grabado por la encendida devoción nacional, vuelva a resplandecer en el casco de uno de nuestros navíos de guerra el emblemático nombre de Jaime I en mal hora tachado de la lista de las unidades activas de la Armada.

* * *

He llegado al fin de este largo discurso, excesivamente prolijo y a trechos digresivo que, sin haber conseguido llenar la medida de vuestra propicia expectación, habrá en contra rebasado el límite de vuestra probada paciencia. Sea, con todo, ya que no de aplauso, merecedor al menos de disculpa, en gracia al bien intencionado designio más cordial que intelectual que lo ha inspirado y movido a su autor a conglutinar y exponer, falto de investigación archivera y labor original y de primera mano, ideas y cosas triviales de puro divulgadas y sabidas de todos y en especial y mayor punto de vosotros, señores Académicos, eruditos concedores del pasado de la Patria, que es deber nuestro recordar y actualizar sólo para no olvidar lo que fuimos, pues nunca es superflua la presencia en el pensamiento de sus remotas memorias.

Rindiéndoles el amoroso homenaje, obligatorio en quien nació en el sagrado suelo ibero, he pretendido aportar, aunque modesta, mi contribución al estudio de conjunto de una de las actividades más notorias de nuestra sociedad pretérita, de aquella que con el nombre de Jaime el Conquistador alzó en la Historia el rango mundial de nuestro país y de sus instituciones bélicas, del renombre de las cuales podemos lisonjearnos sin engreimiento y cifrar en las mismas, con nuestra admiración, nuestro orgullo patricio.

Pero — y me dirijo imaginativamente al inédito futuro historiador militar de Cataluña que he echado en falta al principio — la exaltación desapasionada de las bellas cualidades y valores positivos de su antigua milicia, columna de apoyo de un floreciente estado político, no ha de excluir la censura imparcial de los defectos de una y otro, de sus caídas y sus abortadas empresa, a fin de ejemplificar a las generaciones futuras en el mantenimiento de aquel nivel de consciente firmeza que pierden las sociedades cuando, demasiado plegables a las egoístas materialidades de la vida y desoídas las lecciones exhortatorias del pasado, se disgregan y se hundén desorbitadas en servil y estadiza impotencia sin aprovechar siquiera de aquéllas el acerbo fruto del escarmiento. Los catalanes, a despecho de su despierta psicología colectiva, de sus imponderables y de su sentido práctico, el *seny* ancestral venido de la lejanía de los siglos, fracasaron en lo político por su grave error de visión inadaptada a los horizontes de

los nuevos tiempos, por su terca perduración en ya desplazadas ideologías sociales y económicas substituídas por desafortunadas improvisaciones, causas todas ellas motivadas de la debilitación de la fortitud de sus brazos o estamentos que acarreó consigo la de la fuerza material de sus armas.

Así Cataluña, que había escrito en la historia de los pueblos ibéricos páginas inolvidables y parecía llamada por Dios al más alto destino que quizá soñara su patriótica ambición, cual hubiera sido atraer y soldar al cuerpo hispano la consanguínea Occitania, tuvo por el contrario que ver con el fin de la Edad Media cumplirse el término de su independencia bruscamente truncada. Su prosperidad política en quiebra y en suspenso el desenvolvimiento del alma popular, incapaz, por su flaqueza, de aspiración a la hegemonía peninsular que vino a recabar Castilla, la consiguiente desaparición de las ya inútiles instituciones militares propiamente catalanas fué inevitable. Las posibilidades no realizadas tienen el falso encanto de los recuerdos nostálgicos parecidos al sentimiento de melancolía que nos embarga ante los cimientos abandonados de un gran monumento no acabado, desconsoladora contemplación más patética de mucho que la tristeza sugerida por unas ruinas.

Mas no cumple a la sana razón de un pueblo siempre joven bajo canas milenarias plañir en lamentosa jeremiada la caducidad de sus cosas irremediamente abolidas, y menos aún, creyendo todavía realidad sus fenecidas glorias, obstinarse en revivirlas ficticiamente en vanidosos oropeles de patriotería. Oigamos, pues, con respeto la voz del pasado, y dignamente recogidos en la memoria de su grandeza esplendorosa, vengamos a la resignada y satisfactoria conclusión de que a Cataluña no precisan hoy empresas de guerra para inmortalizar su nombre, que sobrados y nunca marchitos laureles supo cosechar en los siglos de su preponderancia política y militar, herencia magnífica de tradiciones llegadas a nosotros para consolidar a perpetuidad la fama de la noble tierra saturada de espiritualidad y de heroísmo, que lejos de desaparecer en las simas del olvido, pugna con incansante y renovado esfuerzo por restaurar las viejas energías consumidas, y afirmar su voluntad de ser y constituirse sobre nuevas bases creadoras de nuevos destinos e ideales en comunidad de pensamiento con aquellos que han sido y son y han de ser siempre exponente superlativo del honor y única razón de existir de las eternas Españas.

HE DICHO.

CONTESTACION

DE

D. RAMON MIQUEL Y PLANAS

SEÑORES ACADEMICOS:

Una nueva fecha inscrita en los fastos dos veces seculares de la Real Academia de Buenas Letras será la del día de hoy, por virtud del solemne acto que en estos momentos estamos celebrando; acto, por lo demás, esencialísimo en nuestra vida corporativa, pues por él y otros semejantes se consagra la perennidad de la Institución, como árbol que sin cesar suple con nuevos retoños las pérdidas que el correr de los tiempos impone inexorablemente a su múltiple ramaje.

Tal es, en efecto, el doble carácter de esta solemnidad, en que, por una parte, hemos asistido a la evocación, grata a nuestro espíritu, de la personalidad de quien fué ilustre filólogo y académico D. Pedro Barnils y Giol, arrebatado prematuramente de nuestro lado por la muerte; y por otra parte vemos llegar hasta nosotros, en alarde de prometedora y valiosa cooperación, al nuevo académico Excmo. Sr. D. Luis Faraudo de Saint-Germain, cuyo discurso de entrada acabamos de escuchar.

Hónrado por la Academia con la grata misión de contestar en nombre de la misma al recipiendario, me dispongo a hacerlo con tanta mayor satisfacción por cuanto una añeja amistad, mantenida sin interrupción, y una comunidad de aficiones en orden a la literatura y a la bibliofilia, me han permitido apreciar el alto valor de la personalidad del que, desde hoy, compartirá con nosotros las tareas académicas. Presentároslo con todo el relieve que ofrece su figura de militar y de hombre de estudios es lo que me incumbe hacer en esta ocasión.

Aun a trueque de pasar por indiscreto y de no respetar en lo debido la noble actitud del hombre a quien repugna el halago, por creer que todos los actos cuya razón es el cumplimiento de un deber o responden a un dictado de la conciencia

no merecen ser elogiados, quiero empezar sometiendo a vuestro conocimiento algunos antecedentes relativos a la formación del carácter del señor Faraudo de Saint-Germain y a los inicios de su vocación de soldado, a la que vinieron a sumarse sus gustos de bibliófilo y su curiosidad de investigador en los dominios de la historia y la literatura.

Primer sedimento y base esencial para la formación del individuo es la vida familiar. En el ambiente doméstico encuentra el ser humano los elementos cuya asimilación en los comienzos de la vida ha de determinar la dirección de sus preferencias y afanes ulteriores. Así podemos observar en la vida real el hecho frecuente de una transmisión hereditaria de aptitudes y vocaciones. Existen familias de músicos, de legistas, de comerciantes, de políticos. Pero la profesión militar es entre todas la que más parece nutrirse de la transmisión hereditaria de valores morales y aquella para la cual más necesaria parece una tradición familiar preparatoria de una vida de sacrificio. Este es el caso de nuestro Faraudo de Saint-Germain. Sus años juveniles discurren entre episodios y recuerdos domésticos de que se llena su espíritu, al cual procuran un primer temple que ya no habrá de falsearse jamás. Fué su padre Cónsul de Su Majestad Católica en diversas capitales de Europa y América; y un abuelo de la misma línea paterna, apellidado Stagno, de viejo linaje de Turín, había desempeñado las funciones de Oficial de la marina pontificia y de Cónsul de Su Santidad en Barcelona. Con esa influencia diplomático-consular se liga otra procedente de la línea materna, netamente militar, en la que aparece un conde de Saint-Germain, Carlos Luis, Teniente General y Ministro de la Guerra del rey Luis XVI de Francia. Emocionados narradores, a fuer de testigos presenciales, de los episodios de la guerra de Secesión en los Estados Unidos de América (hechos que para la madre de Faraudo significaron, con la pérdida cruel de próximos parientes que combatían entre los sudistas, la ruina total de sus intereses en Nueva Orleans, donde era entonces su esposo Cónsul de España), pudieron los progenitores de nuestro amigo familiarizarle con esos y otros grandes hechos históricos que marcan los pasos de la Humanidad. De sus mismos padres pudo oír el relato emocionante de la campaña de Méjico, seguida por ellos desde el Consulado de la ciudad de Veracruz en cuyo puerto vieron desembarcar y reembarcarse luego al general Prim con su expedición, y donde pudieron conocer personalmente a los desgraciados Emperadores Maximiliano y Carlota.

Nada se pierde de cuanto nos rodea para la formación del carácter, en la época de nuestra niñez. Para Faraudo fué también una circunstancia coadyuvante de su vocación militar un al parecer leve detalle de sus años de infancia: la vecindad

del hoy desaparecido cuartel del Buensuceso, frontero a la casa que poseía y habitaba la familia y donde vió la luz y se desarrolló la infancia de nuestro amigo. Era aquel un excepcional punto de observación, que permitía seguir hora tras hora la reglamentaria vida de guarnición del soldado en tiempo de paz. Con sus ojos hechos perspicaces gracias a una insaciable curiosidad — que más tarde había de traducirse en una fuerte capacidad de estudio — alcanzó Faraudo a saber tempranamente de actos del servicio interior, del modo de vivir de la tropa, del respeto a las jerarquías, de la disciplina, del orden y, sobre todo, de la abnegación que es el principal fundamento de toda milicia. Merced a tales realidades, vistas y casi tocadas, pudo subrayar en su mente el jovenzuelo de aquellos días las lecciones de historia de sus textos de bachillerato y los relatos maternos de los hechos vividos a que antes hice referencia. Y fué por estos tiempos (1878) cuando después de tres años de permanencia en China ocurrió la muerte de D. Antonio Faraudo y Stagno, hecho luctuoso que se produjo inopinadamente bajo muy apartados horizontes durante el viaje de regreso a la patria de aquel probo y ejemplar diplomático, quien había podido saludar con generosa satisfacción, al término de su carrera consular, el acceso a la misma del joven Eduardo Toda y Güell, de cuyos talentos y capacidad sorprendentes se hacía eco D. Antonio en las cartas que desde Hong-Kong escribía a sus deudos de Barcelona. Esos encomios y la paternal solicitud con que el maestro veló sobre los primeros pasos de su discípulo tuvieron su contrapartida en el afecto que Toda profesó a la familia de su protector. Ello explica la fraternal amistad de Faraudo y ese ilustre expresidente de nuestra Academia cuya recentísima pérdida llora Cataluña, la cual es deudora a D. Eduardo Toda y Güell, entre tantos otros grandes servicios, de la restauración del Monasterio cisterciense y necrópolis real de Poblet. Me ha parecido oportuno daros aquí todos esos detalles que ponen de manifiesto un vínculo espiritual preexistente entre un antiguo miembro de nuestra Corporación y el que hoy viene a formar parte de ella, caso que no es insólito ni mucho menos entre nosotros, pues las elecciones de nuevos académicos suelen ser en esta Casa (merecimientos aparte) fruto de afinidades que reclaman la cooperación efectiva de quienes ya se la venían otorgando en forma de adhesión cordial y afectuosa. ¡Con qué orgullo hubiera dado Toda la bienvenida a su antiguo amigo Faraudo en ocasión de su ingreso en la Academia, si su delicado estado de salud, seguido de su fallecimiento, no le hubiese vedado el cumplimiento de ese cometido que de derecho le correspondía! Yo lo cumplo en lugar suyo, y aunque lo hago movido de un sincero afecto y admiración hacia el recipiendario, no debéis dudar de que Toda

hubiera podido comunicar a su respuesta académica matices de una delicadeza que no está al alcance de mi pluma, y que nuestro llorado expresidente hubiera arrancado de su alma en holocausto a sus más viejas amistades, que yo he pretendido tan sólo evocar con estas líneas.

El ingreso de Faraudo como caballero cadete en la Academia General de Toledo (1887) hubo de fijar definitivamente la vocación militar del mismo, vocación que acabó de precisarse cuando orientó sus estudios hacia la especialización para el Cuerpo de Intendencia en la Academia de aplicación de Avila. Ya por entonces era nuestro amigo un lector apasionado, dotado de exquisito gusto literario y buen conocedor de las literaturas peninsulares, además de las del país ultrapirenaico y de Italia, cuyos idiomas le son tan habituales como el propio por razón de los antecedentes familiares que ya conocéis; y fueron seguramente los hábitos de exactitud y regularidad adquiridos en el trato continuo de los libros lo que debió de influir en el ánimo del militar en formación para elegir en su carrera las funciones propias del intendente, en las cuales la serena y razonadora reflexión se alía a las virtudes militares para asegurar la mayor eficiencia de éstas y la duradera efectividad de los frutos por ellas alcanzados. Hoy no es un secreto ni para el más profano en arte militar que el nervio de la guerra es el dinero y que sólo una sabia y científica utilización de los medios materiales que aquél procura al ejército en función bélica puede hacer fructífera una empresa guerrera, aun poseyendo las más excelsas virtudes de sacrificio y heroísmo.

Promovido nuestro amigo a oficial, distinguióse pronto en el ejercicio inteligente y concienzudo de su noble profesión, lo que no le impedía dedicar una parte de sus afectos a los libros. Marchó voluntariamente a la isla de Cuba en cuyas operaciones de guerra participó durante más de tres años, lo cual dió pie a que, de regreso a España, buscase su espíritu, como derivativo de la agitada vida de campaña, la serenidad de una ocupación más apacible. Nutrió su inteligencia con nuevas aportaciones de estudio, no sólo de ciencia y de historia militares, sino también de arqueología y de arte, amén de las de orden literario en las que ya merecía ser tenido por maestro. Viajó visitando en diversas ocasiones los principales museos y bibliotecas de Europa; tuvo oportunidad de conocer y tratar a eruditos, bibliófilos y libreros de todas partes, lo que le permitió explorar los más variados dominios de la bibliofilia, enriqueciendo al propio tiempo su librería particular. Así pudo alternar dignamente con los grandes coleccionistas de nuestra patria: Juan Rossell, Félix Boix, Lázaro Galdeano, Castañeda, y otros, de Madrid, Bonsoms, Moliné y Brasés, Ignacio de Janer, Lamberto Mata y otros más, de Bar-

celona; Alvaro San Pío y Juan Sánchez, de Zaragoza; Carreres y Francisco Martínez, de Valencia; Font de Rubinat, de Reus; sin olvidar a los más notorios bibliopolas de las mentadas ciudades, motivo y ocasión estos últimos de las consabidas escaramuzas bélicas, en que el bibliófilo, con no menor astucia combativa que el librero y utilizando ardides propios del guerrillero más consumado, alcanza la presea del codiciado ejemplar, no sin detrimento de su bolso: el del aficionado quiero decir, cuya estrategia defensiva acaba frecuentemente en un pacto honroso, bien que oneroso siempre en exceso. ¡Y gracias a que el famoso cuento de Fray Vicente, el librero-asesino de Barcelona, no ha tenido nunca realidad, quedando únicamente el tal personaje como símbolo sumamente exagerado de la perfidia de nuestros queridos amigos los libreros, de quienes, en cambio, recabamos con frecuencia enseñanzas utilísimas!

No fueron baldíos para el militar esos viajes de Faraudo y aun menos las delicadas misiones que fué llamado a desempeñar, ora en la isla de Jamaica y en el Canadá, por encargo del general Blanco cuando la guerra de Cuba (1898), ora visitando los frentes de batalla de Francia (1918), formando parte de la misión militar española cuyo principal cometido, por lo que a nuestro actual Intendente General se refiere, consistía en conocer la organización de las fuerzas expedicionarias norteamericanas, que describió en una voluminosa y documentada memoria archivada en el Estado Mayor Central del Ejército. También, con ocasión de tales viajes y campañas, pudo convivir y establecer cordial amistad con escritores y tratadistas militares, los Ibáñez Marín, Altolaguirre, Banús, Fuertes Arias, Vassallo, además de otros, cuya lista sería la nómina gloriosa de los profesores, de tan profundo saber como arraigada modestia, que contribuyeron a la renovación de los antiguos prestigios de nuestras Academias del Ejército. A ellos se debe el que, a partir de la segunda mitad del pasado siglo, cundiera entre las juventudes españolas el amor a los estudios superiores de guerra, lo que dió por resultado la aparición de nuevas promociones de oficiales cuya inteligencia y pundonor hizo más doloroso el sacrificio de multitud de ellos en las agotadoras campañas sostenidas bajo los mortíferos climas de América, Oceanía y Norte de Africa. Por ellos, y por los que con su pericia y heroísmo, resultados preciosos de aquellas enseñanzas, consiguieron en recientes días que han dejado huella sangrante en nuestra memoria, salvar el solar patrio amenazado de inminente perdición, justo es que formulemos en esta ocasión el testimonio más cálido de nuestra gratitud y admiración profundas.

Para completar la biografía de nuestro nuevo Académico como militar, réstame mentar entre otras las fechas de 1924

en que, con el grado de Teniente Coronel, ejerció sus funciones en Madrid, en la Intendencia General del Ministerio de la Guerra; la de 1929, en que tuvo lugar su destino a las Islas Canarias de Coronel Jefe de la Intendencia Militar de aquel archipiélago; y la de 1933, en que fué promovido al Generalato, digna coronación de su carrera.

No es menos brillante la que en el campo de las letras ha venido realizando el Sr. Faraudo de Saint-Germain, y cuya trayectoria forma la curva ondulante de sus sucesivas admiraciones y entusiasmos. Háse dicho en contra del llamado *dilettantismo* todo lo malo que con justicia puede decirse y aún mucho más: a mis oídos ha llegado en cierta ocasión incluso la declaración, formulada por uno de los en ello interesados, de que se imponía acabar con los escritores *de afición* porque realizan una concurrencia perjudicial en grado sumo a los que tienen que vivir del trabajo de su pluma. No diré, por mi parte, que en algún caso no pueda ser eso verdad, pero no creo que haya lugar para impedir que cada cual haga su gusto en cuanto atañe a la literatura y el arte, y que las vocaciones se aquilaten ejercitándose en ensayos que pueden convertirse en motivos de orgullo para una nación. De la bondad mayor o menor de tales ejercicios dependería en todo caso la mayor o menor licitud, en orden a los fueros del espíritu, de semejantes actividades no profesionales. Pero impedir las por razón de los intereses económicos de los escritores en ejercicio sería, creo yo, empequeñecer la noble condición del literato, poniéndola al mismo bajo nivel de quienes buscan su ordinaria granjería en el tráfico de las cosas materiales; tráfico por lo demás perfectamente legal y respetable, y de una utilidad (hay que reconocerlo) más general e inmediata que la función excelsa del Poeta. Mi convicción más firme es que del dilettantismo solamente cabe temer los estragos que se originan de la ineptitud y de la ignorancia, y la primera víctima de ellos suele ser el mismo causante; tesis que dejó demostrada plenamente y sin réplica posible, hace ya casi un siglo y medio, Moratín en su inmortal y ejemplarísima *Comedia Nueva*.

Nada de esto último podía ser de temer cuando Faraudo inició su actividad de escritor y publicista: su sólida cultura general, su preparación literaria, su aplicación al estudio, su buen gusto nativo afinado por bien orientadas y copiosas lecturas, constituían un bagaje que hubieran podido envidiarle muchos literatos ya consagrados. Y, como ejercicio susceptible de templar todavía más la acuidad del estilista, fué la reedición y estudio de antiguos textos lemosines la primera manifestación de nuestro amigo en este nuevo estadio, asociándose a tal fin con otros dos colegas de buen recuerdo: D. Ernesto Moliné y Brasés y D. Ignacio de Janer. A los tres abnegados

coeditores debemos, desde 1906 a 1912, los suntuosos cuadernos de aquel *Aplech de textos catalans antichs* cuyo número, fijado de primera intención en doce, tuvo aún Faraudo la perseverancia de alargar hasta dieciocho por su sola cuenta, esfuerzo que implicaba la realización de nuevos sacrificios en una empresa de cuyo éxito económico negativo no cabía ya dudar. Publicación suya de ese mismo periodo fué la edición (1910) de una colección de *Flores y autoridades* tomadas de las *Epístolas* de Séneca que conserva un códice medieval de la Universidad de Zaragoza. Y al mismo orden de exhumación arqueológica pertenece la publicación, en 1933, del texto del *Alcoati*, tratado árabe de oftalmología, en su versión inédita del siglo xiv, conservada en un códice de la Seo zaragozana, así como en 1936, la transcripción y comentario de las *letres de batalla* o carteles de desafío cambiados entre Luis Cornell y Galcerán de Besora en 1472-73. No creo necesario ponderar aquí la importancia de esos trabajos de restitución literaria, pues a todos os consta la sagacidad que en muchos casos supone en quien se dedica a interpretar y anotar debidamente textos antiguos, salvar los obstáculos que crean la inactualidad del léxico, la ausencia de puntuación y, lo que es peor, la incorrección de los originales que han podido llegar hasta nosotros; defectos que es preciso denunciar, salvándolos en lo posible a base de pertinentes conjeturas o por suplencia de otros textos concordantes. Y téngase en cuenta que una labor tan ardua no puede contar con más recompensa que el reconocimiento de un reducido círculo de iniciados.

Más amena y al alcance de un mayor número de lectores ha sido la obra de Faraudo como traductor de Rabelais. Lo que significa ese autor para la literatura francesa es de tal importancia que ha dado lugar a que en la capital del país vecino se fundara una *Société des Etudes Rabelaisiennes*, de la que nuestro amigo forma parte. La razón que hizo interesarse a Faraudo por el citado escritor, a quien se ha llamado padre de la prosa francesa, fué la persistencia en nuestros dialectos levantinos de formas verbales y de modismos, proverbios y frases tópicos cuyo sentido, obscuro para los actuales eruditos franceses de lengua *d'oïl*, resultaba claro para los descendientes del viejo tronco de la lengua *d'oc*, o seáse del lenguadociano, que junto con el provenzal y el gascón es aborigen común del catalán, valenciano, mallorquín y rosellonés actuales. Faraudo ha sabido aprovechar tan singulares concomitancias léxicas para sus trabajos de traductor, que forman la siguiente serie: 1) Traducción de *Les grandes et inestimables Chroniques du grand et énorme géant Gargantua*; 2) Traducción de la *Pantagrueline pronostication*; ambas publicadas en 1909; 3) Versión de *Gargantua*, primer libro de la obra capital de Rabelais, eruditamente proemiada y anotada (1929); 4) Versión de los cuatro

restantes libros de la misma obra, pendiente de impresión.

Otras traducciones de autores extranjeros deben nuestras letras al Sr. Farauo, entre las cuales nos limitaremos a indicar las historietas infantiles de *Perote el descabellado* debidas al escritor alemán doctor Hoffmann y los *Viajes de Gulliver a Brobdignac* y *Liliput* del inglés Swift, con más la versión inédita de la *Batalla de los libros*, ingeniosa alegoría bibliomáquica del debate entre autores antiguos y modernos, de ese mismo escritor.

Empeño de mérito excepcional fué el llevado a cabo en 1922 por nuestro amigo, restituyendo a su lengua original la célebre *Disputa del Asno*, debida a nuestro Fray Anselmo Turmeda, el monje apóstata, originario de Mallorca y muerto en Túnez, hacia 1430. De su obra, perseguida por la Inquisición, no queda más vestigio del texto primitivo que la *Profecía* en verso del ms. n.º 377 de la Biblioteca de Carpentras y la mención en el catálogo de los libros de D. Fernando Colón, donados por éste a la Biblioteca Capitular de Sevilla, del ejemplar que adquirió en Tarragona dicho célebre bibliófilo. Pero el singular librito desapareció de allí hace muchos años; y Farauo hubo de servirse de una arcaica traducción francesa (que, por cierto, ha sido atribuida por algunos eruditos al mismo Rabelais), de la cual se hicieron varias ediciones, todas ellas hoy rarísimas, a mediados del siglo xvi y comienzos del siguiente. El trabajo que realizó en ese famoso texto el Sr. Farauo sólo por él podía ser llevado a término, gracias a su perfecto conocimiento de la lengua francesa antigua y a sus estudios comparativos de la misma con los lenguajes coetáneos del mediterráneo occidental.

La extraordinaria maestría de nuestro nuevo Académico en la interpretación y manejo del vetusto idioma de nuestros antecesores pudo quedar demostrada en unas expansiones literario-epistolares que datan del año 1917. Farauo, desde Zaragoza, donde disponía de ocios que le permitían huronear en las viejas librerías de aquella noble ciudad, pudo dedicar algunos ratos a cartearse con sus amistades barcelonesas; y en sendas epístolas, cuyo número no creo que exceda de siete, imitó con tan rara habilidad y con tal soltura y gracejo la manera del valenciano Jaime Roig, en el propio y difícilísimo metro empleado por éste en su célebre *Spill*, que sólo cabe decir que la imitación no desmerece del original y supera en mucho a cuantos poetas trataron, en los siglos xvi y xvii, de servirse de la famosa *rima*, llamada de *Jaime Roig* por antonomasia.

Pero el trabajo verdaderamente monumental en que el Sr. Farauo de Saint-Germain ha venido empleándose durante largos años de su vida no ha sido mentado aún en esta reseña de su obra literario-arqueológica. Voy a hacerlo brevemente y con toda la precisión posible, por tratarse de una labor iné-

dita. Se trata del Vocabulario o Diccionario, al que en otro tiempo se hubiera llamado Tesoro, de las lenguas levantinas de España, pertenecientes al grupo llamado provenzal o lemosín. En numerosas cédulas, cuya cifra no bajará de sesenta mil, ha ido anotando, clasificando y estudiando las palabras más o menos inactuales que aparecen en los textos antiguos publicados o inéditos de nuestros autores de la Edad Media. Un trabajo semejante fué realizado ya en otro tiempo por Mariano Aguiló, y ha visto la luz por completo, no hace muchos años, gracias a nuestro también querido compañero de Academia D. Manuel de Montoliu, que es quien realmente cargó con todo el peso del proteico encargo, aunque otra cosa aparezca en las portadas de los consabidos tomos. La obra en que se ha ocupado Faraudo, supera, completándola, la de aquel ilustre antecesor, si no tal vez en la cantidad de materiales, en el estudio de los mismos, pues las fichas del que será algún día, al publicarse, el Diccionario Faraudo, contienen la definición gramatical de cada vocablo, su etimología, su equivalencia formal e ideológica con voces de otras lenguas neolatinas, y, como remate, la aportación de autoridades, esto es, textos en que el vocablo aparece articulado y en cierto modo definido por la frase de que forma parte. Todo eso hubiera, sin duda, contenido también el vocabulario de Aguiló, si su autor hubiese podido contar con la sucesión de dos o tres vidas humanas. Pero, siendo tantas las tareas que emprendió a la vez, no pudo al morir dejar de alguna de ellas más que el andamiaje, a la manera de esqueleto paleontológico falto de la carne que le dió vida. La labor de Faraudo, trabajando simultáneamente en la recolección y en el estudio de los materiales lexicográficos que constituyen su obra magna, queda ponderada en las consideraciones que acabo de hacer, y que desearía sirvieran de estímulo al nuevo Académico para que no cejara en su benedictina labor hasta que logremos verla publicada, evitando el peligro de una dispersión y aniquilamiento como el que la amenazó en recientes días, cuando el cielo, ordinariamente plácido de nuestra ciudad, era escenario de cruenta lucha fratricida. Los manuscritos de Faraudo, con toda su especializada biblioteca, se vieron a muy pocos metros de distancia de una catástrofe semejante a la que el día 17 de marzo de 1938 sepultó de una vez bajo un colosal montón de escombros la vida, los libros y toda la obra en elaboración de nuestro llorado helenista y académico, el doctor D. Luis Segalá y Estalella.

A la producción literaria del Excmo. Sr. D. Luis Faraudo de Saint-Germain queda incorporada desde este momento la magistral oración cuya lectura acabáis de oír, en la cual ha estudiado la gran figura del rey Don Jaime I de Aragón, llamado el Conquistador, considerado como militar y jefe de Estado.

Nada podría añadir yo, profano en tales materias, a lo que ha dicho nuestro nuevo Académico en su estudio, cuya crítica tampoco me incumbe por las razones apuntadas. Séame permitido, sin embargo, llamar vuestra atención sobre un aspecto, no por externo menos digno de encomio, de dicho Discurso; y es lo que atañe al estilo y arte de composición que han concurrido para hacer de él una pieza oratoria de gran precio. Faraudo que, en cuanto a filólogo, sobresale en su capacidad analítica mediante la cual logra desarmar el complicado mecanismo de una lengua para conocer todas sus posibilidades de expresión, posee a la vez la habilidad contraria que es la propia del escritor, gracias a la cual los elementos inertes del idioma, uniéndose entre sí y articulándose en función del pensamiento que les anima, llegan a constituir un todo artístico, capaz de interesar nuestras facultades emotivas y ofrecerles un verdadero placer estético. Y esto es en virtud de la rara concurrencia en nuestro nuevo compañero de las dos cualidades que acabo de definir: Faraudo es un filólogo y a la vez un artista de la palabra, o sea, simplificando los términos, un gramático de buen gusto. Bien venido sea, pues, a nuestra Academia, y séale a éste permitido, por luengos años, sumar a sus doctas actividades la cooperación de un tan distinguido colega.

HE DICHO.